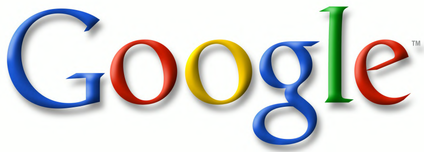




BARRANTES.

BALADAS ESPAÑOLAS,

CON UN PRÓLOGO

DE DON LUIS DE EGUILAZ,

y un artículo crítico

DE DON AGUSTIN BONNAT,

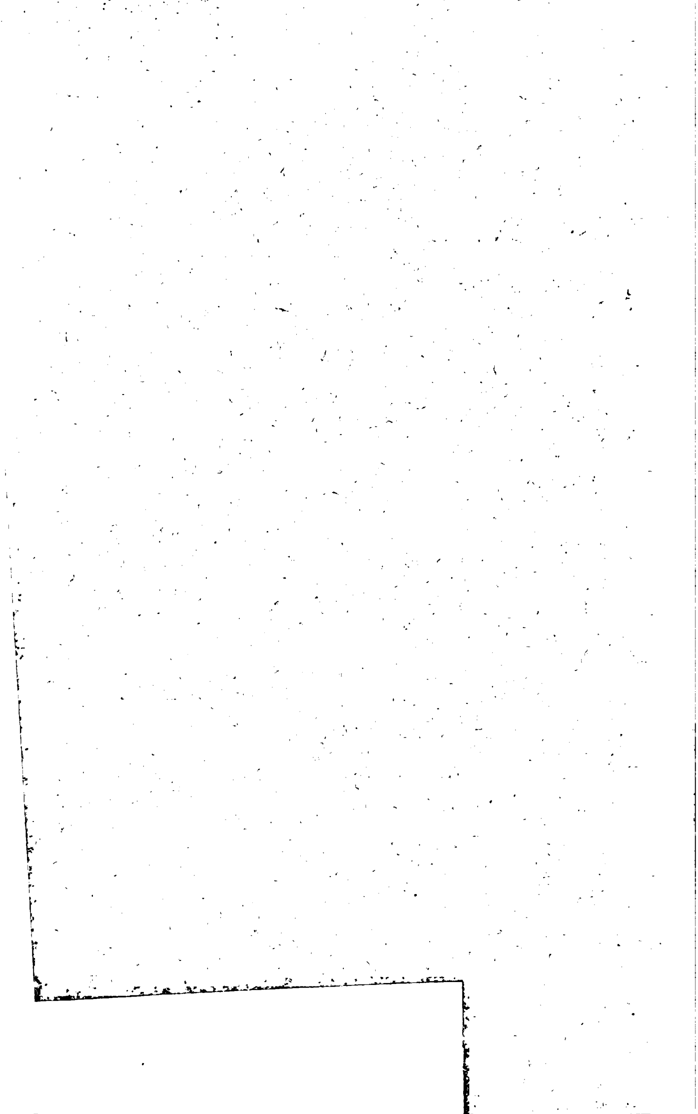
(q. e. p. d)

52

Segunda edicion
corregida y aumentada.

IMPRENTA DE DUCAZCAL,

PLAZA DE ISABEL II, 8.



BALADAS ESPAÑOLAS.

OBRAS DEL AUTOR.

Las Píldoras, folletos satíricos con grabados y caricaturas de actualidad. (1851).—Un tomo en 4.°

Siempre tarde, novela de costumbres. (Tercera edicion.)—Un tomo en 8.°

La jóven España, folleto político, en 8.°

Juan de Padilla, novela histórica, con grabados.—Dos tomos en 4.°

La viuda de Padilla, un tomo en 4.° con láminas, (continuacion de la anterior).

Plutarco de los niños, libro de testo para las escuelas de primeras letras.—Un tomo en 8.°

La corona de Castilla, drama alegórico.

España vencedora, poesía en loor de las victorias de Africa.—Un cuaderno en 8.°

Soliloquios amorosos de un alma á Dios, por Lope de Vega, con un prólogo y notas.—Un tomo en 4.° con seis láminas y dos fotografías.

EN PRENSA.

Catálogo razonado y crítico de los libros, memorias y papeles que tratan de Estremadura.—Un tomo en fólio.

BALADAS ESPAÑOLAS

DE

D. V. BARRANTES,

ex-diputado á Córtes,
Caballero de Cristo de Portugal, Oficial primero
del Consejo de Estado, etc., etc.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:

1865.



Imprenta de PRUDENCIO CUARTERO, calle del Fomento, núm. 29.

Á D. ÁNGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

MADRID 5 DE ABRIL DE 1853.

Hoy hace justamente cuatro años, amigo mio, que un jóven oscuro,—muy oscuro,—remitió á V. sin conocerle varios artículos de crítica literaria, que á la suya, tan inteligente, sometia. Fuera imposible — sobre inoportuno — pintar aquí la ansiedad con que el jóven esperaba su fallo; ansiedad que sólo puede compararse al júbilo que le inspiró una carta de V., cuyas lisonjeras frases nunca se borrarán de su memoria.

Haya alcanzado poco, haya merecido menos, aquel jóven debe á V. cuanto hoy goza de nombradía en la república de las letras. Deuda de su alma, la puede sólo pagar con versos de su alma.

Aquel jóven era yo.

Al frente, pues, de mis BALADAS, primera produccion algo pretensiosa que doy á luz, pláceme poner, mi querido Angel, el nombre de V.; con que mi libro y yo ganaremos,—él á los ojos del público,—yo á los de aquellos que en algo tienen la amistad y la gratitud.

Si vale poco la ofrenda, la engrandece la intencion.

V. B.

AL QUE LEYERE.

Este libro es un adios á la poesía, y nada más. Huye para el autor,—quizá demasiado pronto,—la época de sus ilusiones y sus creencias poéticas, y ha querido consagrarles un monumento bueno ó malo. Todos los hombres hacen lo mismo, vanidad harto disculpable, principalmente con las cosas qneridas ó halagüeñas. En todos los sitios bellos ó céle-

bres, en los monumentos del arte ó de la tradicion, se vén siempre á montones firmas desconocidas ó ilustres. Es que el hombre sabe que se vá pronto, y quiere quedar ligado á la tierra, aunque sólo sea con recuerdos.

Permítasele, pues, al poeta la misma debilidad, que con harta razon lo merece.

Nacido en una época sorda á la poesía, época que al fin se reasumirá en una tabla de logaritmos ó en un libro de caja, cuanto vé en torno suyo es miserable ó liviano, cuanto hiere su imaginacion desentona y rompe su magnífica armonía. Se le exige que sea enciclopédico; que instruya y deleite al par: que escriba para su corazon y para su bolsillo;—como si ideas tan contradictorias pudieran caber en la imaginacion de un poeta verdadero.

De aquí ha nacido, sin duda alguna, el afan de todos por dar á la forma ese ca-

rácter churrigueresco y estrambótico que al pensamiento se pide. Nadie los culpe, no. En los campos del Indostan una estátua de Fidias llegaria á barbarizarse, por decirlo así, para inspirar siquiera menos desden á aquellas tribus bárbaras.

Estas reflexiones engendraron este libro.

Necesitaba el autor cantar, y para que alguno le escuche ha pedido á las literaturas estranjeras de prestado una fórmula y un género. A decir verdad, *la balada* merece tomar en la nuestra carta de ciudadanía. ¡Así pudiéramos alcanzársela nosotros!—pero nos falta el génio de Goethe ó de Schiller, de Walter Scott, de Byron ó de Moore, de Delavigne ó de Victor Hugo, que en Alemania, Inglaterra y Francia han aclimatado este género, poniëndolo sobre todos los de la poesía lírica.

Nos queda, sin embargo, un consuelo

en nuestra pequeñez. Hemos abierto un camino. Otros lo seguirán con pié más seguro ó con mejor fortuna.

Si se nos preguntare—y sea dicho de paso—cuál es el carácter distintivo de las baladas, no sabríamos, francamente, cómo responder. Aunque tan hermanas de la poesía popular, que son á los pueblos del Rhin, de Irlanda y de Escocia, lo que los romanceros á nuestra España, y el poema del Tasso á los gondoleros de Venecia, al pasar por el crisol de las nuevas civilizaciones poéticas se han reformado de tal modo, que ni podriamos atinar con el verdadero significado que hoy tienen en las literaturas, ni asentar en absoluto si han ganado ó han perdido.

Las baladas de Walter Scott,—por ejemplo,—que viven con tanta fama, son leyendas históricas en su mayor parte, de accion dramática, dialogadas las más, y distintas en fin de todo en todo,

de las de Goethe y Schiller, que conservan mejor su primitiva forma y sencillez. Adoptan Delavigne y Victor Hugo un término medio, y aunque dramatizando en el fondo la accion, como era necesidad de escritores franceses, imitan la forma y el no sé qué apacible y vago de los alemanes, maestros en este género. Byron, en cambio, hace lo que nosotros hemos hecho: imita lo que le place de unos y otros, aunque les muda el nombre en *melodías*.

Resulta, pues, imposible de señalar el verdadero carácter de la balada. Adoptándola en nuestra literatura, podria decirse que tiene :—de la égloga, la sencillez;—de la leyenda, el calor;—de los romances antiguos, la melancolía;—y de los cantos populares, el espíritu.

Quédanos por hacer una advertencia.

Aunque hemos imitado y aun traducido baladas inglesas, alemanas y francesas, háylas en nuestra coleccion ente-

ramente originales,—y no es corto el número. Lleva al final un apéndice donde los modelos ó los autores se señalan escrupulosamente. Ni queremos, como la corneja de la fábula, vestirnos de agenas plumas, ni apadrinar estravagancias—muy bellas por otra parte,—como *Loco de amor*, traducida de Goethe casi al pié de la letra.

Si á pesar de esto las llamamos *Baladas españolas*, es porque las históricas están acomodadas á nuestra historia, las de costumbres á nuestras costumbres, y las de pasion á nuestras pasiones.

Mayo—1853.

Algo tiene el autor que añadir á lo que dijo en la primera edicion de las *Baladas*.

Aunque el público, juez inapelable, haya pronunciado sobre ellas un falló lisonjero, no me hago ilusiones, ni

me las haré nunca. Estoy muy lejos de alcanzar la perfeccion que mis modelos estranjeros han conseguido. No acierto á manejar el idioma con aquella difícil facilidad que Moratin exige á los escritores, y en balde me afano por producir en este rebelde instrumento las combinaciones peregrinas, los tonos singulares, las dulces armonías, que en otros autores de *baladas* me embelesan.

Y que debo culpar sólo á mi pequeñez y tosquedad, no tardo en reconocerlo, considerando que, fuera de las lenguas italiana y lemosina, difícilmente habrá otra que como la nuestra se acomode á todos los caprichos de una imaginacion verdaderamente poética, y ora blanda y suave, ora enérgica y ruda, ora solemne y acompasada, se plegue á todas las exigencias de un género de poesía en que éntra por mucho la forma, y que tiende a reproducir las varias y más delicadas sensaciones de un alma apasionada. Corrobora esta para mí triste sospecha la observacion que hicieron los críticos al publicarse mi obra por primera vez, y que yo apunté en otros términos por varias partes del prólogo que acaba de leerse, relativa á las buenas disposiciones que nuestro pintoresco pais, y nuestra poética vida histórica y social, ofrecen á los que cultivan este género.

¿Cómo pude yo desconocerlo nunca, si al designar los principales caractéres que la balada habria de tener en España, se me acordaron bellísimas inspiraciones de nuestros antiguos cancioneros, los rasgos más sobresalientes de nuestros romances, y hasta ciertos toques de nuestra dulce poesía sagrada, que muy de cerca lindan con este hermoso campo en que sin derecho me entreme-

tia? ¿pude yo desconocer que no hay en ninguna lengua balada amorosa que comience en más adecuado tono que aquella cancion del marqués de Santillana:

Mujer tan fermosa
non vi en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa,

ó que el conocido romance

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla?

Pero esta felicidad de circunstancias y predisposiciones, que nunca se me ha ocultado, aumenta las dificultades de mi empresa, y quizás ha sido parte á que por tanto tiempo la interrumpa, que un público acostumbrado, como lo está el español, á saborear tan deliciosos manjares, tiene derecho, cuando se le ofrece uno que aspira á reunir todos los aromas en un solo vaso, todas las flores en un solo ramillete, á ser mas exigente que nunca lo fuera, más descontentadizo, más caprichoso.

Ni se tomen por queja estas palabras, que ninguna tengo del público, mientras él debe tener muchas de mi. Doce años he tardado en demostrarle el aliento que su aplauso me infundió en 1853; doce años, que yo mismo no acierto á esplicarme cómo se han pasado, ni volviendo los ojos al libro de mi vida, lleno de páginas tristes, de borrascas y naufragios. Menos afortunado yo que el

de las *Baladas*, que no llegó á zozobrar habiendo visto la luz en medio de graves convulsiones políticas, sólo en una débil tabla he salvado un resto mísero de existencia, debiéndosela dos veces al que me la ha dado, y haciéndoseme el tiempo corto para gozarla y bendecirle. Esto sin contar otras borrascas que en tan largo período he sufrido, y que todas fueron enemigas de las musas por desgracia mia.

¿Quise acreditar tambien la ficcion que encabezaba mi prólogo anterior? No lo sé á decir verdad, si bien pienso que en esto de abandonar á las nueve hermanas todos los poetas nos parecemos al de *Gil Blas*, que en verso las despedia y así nunca acababa.

Ello es que en doce años apenas he compuesto otra docena de baladas, que ahora entrego al público para que las juzgue.

Nunca fué mi ánimo darle muchas. Primero, porque no soy yo, á semejanza de la tierra en que nací, de las más fecundas de España. Segundo: porque en esto de innovaciones debe irse con mucho tiento el que las hace. Y tercero, porque la misma vulgaridad en que cayó este género, inmediatamente despues de publicada mi obra, puso en mi espíritu cierta desconfianza y temor de ser yo responsable de algun estravío literario. Porque no se eche esta indicacion á mala parte, cosa comun entre poetas, quiero recordar aquí la lluvia de baladas que cayó por los años de 54 á 56, tiempo en que, no obstante sus agitaciones febriles, hasta los periódicos dieron en la flor de hacer en sus gacetillas paráfrasis más ó menos oportunas y acertadas de mis pobres composiciones,

guarneciéndolas por supuesto con punzantes espinas que á ministros y hombres públicos desgarraban. La innovacion de la gacetilla en verso, impresa algunas veces al comun estilo de la prosa, coincide con aquella época, que no recuerdo sin sentimiento por haber brillado notablemente en ella uno de mis mejores amigos, á quien há poco nos arrebató la muerte, D. José Joaquin Villanueva. Tuve yo mismo la debilidad de seguir la corriente, si bien no por lo político, sino por lo social, dando á luz en gacetillesca forma, entre otras baladas nuevas, la de *El rey ha muerto! viva el rey!* que acaso recordará á algunos lectores sus prosáicos pañales y prosáica cuna (1).

Y porque tampoco es mi ánimo zaherir malamente á los que se me han aventajado en este camino, que no envidio yo las glorias legítimas porque á mí la fortuna me las niegue, debo hacer aquí especial recuerdo de las *Baladas mallorquinas*, de D. Tomás Aguiló, que en 1858 tradujo en castellano D. José Francisco Vich, librito apreciable, que me hace el honor de remedar al mio con

(1) Sólo de una injusticia de la prensa debo quejarme, y por cierto que la cometió el periódico que mejor me parodiaba en sentido político. Al dirigir al ministro de Hacienda (Madoz) una sátira titulada No MIREIS Á D. PASCUAL, se permitió calificar de francesa mi balada No MIREIS Á LA NOVIA, una de las mas originales que contiene la coleccion, siendo así que con una probidad literaria bastante rara yo habia designado en el APÉNDICE de mi libro las fuentes estranjeras en que habia bebido algunas ideas. Aprovecho esta ocasion para protestar una vez más que toda balada cuyo orígen no esté declarado en ese APÉNDICE, es original, enteramente original. Podrán los críticos probarme que son malas; pero os desafío á probar que no son mias. Al César lo que es del César.

bastante frecuencia, como puede verse en la balada V, que principia:

Cuant es mitja nit en punto,
y ses buscas d' es rellotje
com á jermanas parugas
s' arramban lo mes que poden;
tocan dotze campanadas
que dins sas tombas retronan,
y a n'es morts els-a despertan
mentras tant que'es vius s' adormen.
Heyá llosas que tremolan,
heyá llosas que no s'moven,
heyá sombras que s' axecan,
y es cementéri revoltan.
. . . .
Una mara desdichada
cada vespre en aquest'hora,
anava a plorar sa filla
y á séura demunt sa fossa.

Esta introduccion ha sido inspirada, si no me equivoco mucho, por la de *El alma en vela* (balada XXX de mi primera edicion) que dice así:

Cuando la noche tiende
su manto negro,
enmudecen las tumbas
del cementerio,

Porque los vivos
que despiertos olvidan
¿qué harán dormidos?

Pero la tumba blanca
del tierno infante,
resuena cual capullo
que se entreabre,
Porque ni en sueños
una madre se olvida
de su hijo muerto.

Debo tambien á otro descendiente de los antiguos trovadores lemosines una imitacion, que a la verdad me enorgulleceria, si por su mérito midiera el de mi libro, pues es una de las escenas más bellas y sentimentales de *la Campana de la Almudayna*, drama que pasará á la posteridad entre los mejores del repertorio moderno.

Por último,—que ya es hora de terminar esta relacion, halagüeña para mí, para los lectores enojosa,—otro poeta insigne, el Sr. D. Cárlos Rubio, á quien nunca perdonarán las musas el olvido en que las tiene, imitó una de mis baladas en su preciosa composicion *El mes de Mayo*, que principia:

Mayo ha llegado, el mes de los amores,
de hermosos dias y de noches bellas
y se abren á la par almas y flores
estas al sol, como al amor aquellas

Mirad la juventud libre y gozosa,
húmedos los cabellos de rocío,
soñar amores en la selva umbrosa,
danzas tejer junto al tranquilo rio.

Así se esplican, en mi concepto, dos cosas: mi silencio porfiado y las alteraciones que sufre ahora este libro. Escitada por su primera aparicion la curiosidad del público y la benevolencia de los críticos, estabales yo obligado por la gratitud, que tanto puede en los pechos nobles. Así no ha pasado un solo dia sin hacer en él alguna correccion. Verdaderamente incorregible en esto, como he dicho en el prólogo de la tercera edicion de *Siempre tarde*, conozco que llego á veces á desnaturalizar las obras de mi flaco ingenio, sobre todo aquellas que tienen, como *las Baladas*, algun perfume especial. Sin embargo, huyendo de este escollo, aun las que hoy parecen enteramente nuevas, como *Magdalena*, he procurado que conserven su primitiva sencillez y espontaneidad. La forma ha sido el principal objeto de mis correcciones, pues ademas de la imperfeccion de que adolecia, me hizo mucha fuerza la observacion del ilustre autor del prólogo que vá á leerse, tocante á la inconveniencia de algunos metros.

La flexibilidad y buen acomodo, por decirlo así, que desde el primer dia mostró la balada, y la decidida inclinacion del gusto público hácia las de tono picaresco, me ha hecho introducir en la obra algunas que hubiera de buena gana suprimido, pues antes son cuadros satíricos ó escenas de costumbres, que baladas; pero á decir

verdad este defecto, que puede serlo grande para los hombres de esquisito gusto, hace sobresalir el tipo romancesco y de gaya ciencia, que debe tener el libro, y así me ha parecido que se compensa el inconveniente con la ventaja. Idénticas consideraciones me mueven á no borrar la titulada *el Bautismo*, ni alguna otra, que por distintos rumbos vá á incurrir en el defecto de las picarescas; pero sobre hacer con ellas un contraste que produce en mi opinion buen juego poético, por la especialidad y delicadeza de su género, yo no sabria asignar á estas composiciones puesto y nombre literario que entre las baladas no fuese.

Hé aquí todo lo que tenia que decir al público al someter de nuevo á su fallo una obra que me recuerda los más hermosos dias de mi juventud. ¡Ojalá recuerde ella tambien á sus antiguos lectores algunos momentos de placer, y esclamen con la maliciosa ternura de Francesca de Rímini:

Galeotto fu il libro, e chi lo scrisse.

Enero de 1865.

PROLOGO

DE LA PRIMERA EDICION.

Cuando un amigo escribe algunos renglones al frente de un libro de un amigo, puede hacer dos cosas: ó elogiar cuanto el libro contiene, engañando á su autor, sin engañar por eso al público, ó decir la verdad lisa y llanàmente. Al tomar la pluma para escribir el prólogo de *Las Baladas españolas*, nosotros, que nos honramos con la amistad de Vicente Barrantes, hemos optado por el segundo medio, como siempre optaremos por lo que creamos más justo y razonable.

El autor y los lectores pueden estar seguros de que van á oir nuestro parecer, tal vez errado, pero franco y leal indudablemente: los que quieran formar su juicio sin ayuda de nadie,

dejen el prólogo para lo último, ó no lo lean, en lo que no andarian muy descaminados: los que deseen saber algo de la vida literaria del autor, y notar á primera vista ciertos defectos y bellezas de este libro, que quizás podrá decirles, quien como nosotros lo ha estudiado mucho, por más que no hagamos profesion de críticos, pierdan algunos minutos en hojear nuestra desaliñada prosa, que á bien que la galana poesía que tras ella viene les indemnizará con usura del mal rato que haya podido darles.

Cuando el público lee una cosa que es mala ó que no le gusta, suele creer y decir que el autor de aquella cosa es malo: cuando lee una cosa escrita sin talento, sienta como una verdad incontrovertible que el que la escribió carece de talento. En esto, como en otros muchos de sus juicios, el público se engaña muy amenudo: cuando un actor se equivoca en el teatro, los espectadores le echan siempre la culpa de su falta: desde la luneta esto parece justo; es necesario estar entre bastidores para conocer que muchas veces el que se equivoca es el apuntador.

Decimos esto para hacer palpable una verdad,

que de otro modo no podrian comprender los que están lejos de los círculos literarios. En España, por más que se diga, hay algunas, aunque no muchas personas que viven de su pluma: en este número se cuentan, feliz ó desgraciadamente, el autor de *Las Baladas* y el que escribe estos renglones. En España, y esto no dudamos en asegurar que es una verdadera desgracia, al cambiar en cuartos los productos del ingenio, se pierde un ciento por tanto (seria inesacto decir tanto por ciento) tan considerable, que casi dá vergüenza de llamar cantidad á lo que resta; más claro, el género mas barato que por aquí se conoce es el literario. Dice un refran castellano que lo que no vá en lágrimas, vá en suspiros; así es que como se paga poco y de ese poco hay que vivir, es preciso escribir mucho y deprisa; es menester escribir cuando se come, cuando se duerme, cuando se rie, cuando se llora. ¿Qué estraño, pues, que un jóven de mucho talento y que lo haya mostrado en muchas ocasiones, tenga este ó aquel escrito malo, si el dia que lo escribió, porque tenia que escribirle, pasaba por uno de esos acontecimientos de la vida que embargan el entendimiento, lle-

vándose toda nuestra atencion, y despues ni aun ha podido disponer del tiempo indispensable para leerlo? Visto desde la luneta, el escritor no sabe lo que se dice: entre bastidores, se conoce que el apuntador, ó llámese la falta de dinero, es el que tiene la culpa de todo.

El número de artículos literarios, satíricos y de costumbres que Barrantes ha dado á la prensa es verdaderamente prodigioso, y nos atrevemos á asegurar sin temor de equivocarnos que en esto le aventajan pocos de los escritores de nuestros dias. Hay por lo tanto entre ellos algunos escelentes; muchos buenos y medianos; pocos malos. Para los que leyendo alguno de los últimos forme mal juicio de él, hemos escrito el párrafo anterior; porque por haber puesto su nombre al pié de algunas líneas, buenas tal vez para otros, malas para quien hace lo que él, no dejará de ser Barrantes uno de los jóvenes de más esperanzas, de más porvenir literario que existen en nuestro país. El *Semanario pintoresco*, *La Ilustracion*, *El Museo de las familias*, *El Bardo* (que dirigió con estraordinario acierto), cuantos periódicos literarios de alguna importancia han existido en la córte ó en

las provincias, están llenos de sus artículos y poesías.

Si los reducidos límites que nos hemos impuesto lo permitieran, analizaríamos algunas de estas brillantes piezas en que, á vueltas de algunos defectos nacidos del modo con que desgraciadamente tiene que escribir en nuestro país todo el que es escritor de profesion, se encuentran á cada paso conceptos atrevidos, ideas nuevas, y elevados pensamientos: diríamos algo de su novela *Siempre tarde*, cuya segunda edicion se ha hecho hace poco en el folletin de *Las Novedades*, con el mismo éxito que alcanzó la primera en *El Museo español*; y consagraríamos en fin algunas líneas á su primera obra dramática, *La Comedia de provincia*, que su modestia no le ha permitido dar al teatro, y á su historia tambien inédita de los reinados de Felipe III y Felipe IV, obras que encomian cuantos las conocen; pero solo nos toca hablar del poeta lírico, del autor de las *Baladas españolas*.

Con placer vemos que la poesía lírica, tan desdeñada hace pocos años, vá recobrando en España el lugar que le corresponde de suyo. Tras *La primavera*, de Selgas, vinieron los *Him-*

nos y quejas, de Arnao, y muy poco despues apareció Trueba con *El libro de los cantares*.

En los encantadores y floridos apólogos de Selgas, en las elevadas inspiraciones de Arnao, en los frescos y deliciosos romances de Trueba, parecian estar comprendidos todos los géneros de la lírica castellana. Barrantes, sin embargo, pretende aclimatar uno nuevo. ¿Aceptará el público español la balada? Creemos que sí. El que saborea con la sonrisa en los lábios *La modestia*, y siente elevarse su alma con el soneto *A la Vírgen*, y llora con *La niña de ojos azules*, bien puede dejarse llevar al mundo fantástico de *La misma conciencia acusa* y *Santa Isabel y Murillo*, y encontrar en él goces de otra especie, que no por más estraños, deben ser menos apreciados. La balada, en nuestra humilde opinion, á pesar de su orígen estranjero, es un género de poesía que echará profundas raices en España; y Barrantes, aun careciendo de mayor mérito, seria muy digno de elogio por haber sido el primero que se ha atrevido á dar al público una coleccion de baladas en nuestra pátria.

Quisiéramos examinar una por una todas las composiciones de este libro. El aroma que exha-

la un ramo hace formar una idea muy inexacta del que se desprende de cada una de las flores que lo forman. Pero, ya lo hemos dicho: los límites que nos hemos impuesto son muy reducidos, y para juzgar pieza por pieza las que este libro contiene seria necesario otro libro.

Será forzoso, pues, contentarnos con analizar una sola, que esto podrá dar idea algo más aproximada de lo que son las demás, ya que ni el espacio ni la ocasion nos permitan un juicio del conjunto. *Santa Isabel y Murillo*, que hace poco hemos citado, es la primera que se presenta á nuestra vista.

«Ya han sonado las campanas de los monas»terios llamando á los cristianos á la oracion; »ya empieza á murmurar entre las flores la »brisa de la noche, y avanza el crepúsculo, y las »doncellas esperan á sus amantes en las venta»nas: las sombras se han estendido sobre la ciu»dad de la Giralda, y comienzan á lucir las es»trellas en el cielo. ¡Hora de divino encanto, »de sublime misterio! ¡Hora en que el poeta »siente volar su fantasia al mundo de los can»tares! ¡Hora en que el artista vé bullir cien »fantasmas entre los colores de su paleta!

«¡Murillo duerme! El sol que se vá, parece »haber robado la luz á su alma: ya la inspira»cion le deja. ¿Será para siempre? ¡Duer»me, ángel caido! ¡Duerme! A sus plantas es»tán hechas pedazos su paleta y sus pinceles. »Bien has hecho en romperlos. ¿Para qué te »servian? La boca de Santa Isabel, de que tú »querias que brotase la sublime palabra *Dios*, «sólo dice *amor*. Esa boca no es la de la Santa. »Sus lábios de clavel están esperando un beso: »están abriéndose para decir: *te adoro*,—y para »decirlo á un hombre: tu torpe pincel ha pro»fanado la sagrada inspiracion. ¿No es verdad, »Murillo, que estás soñando con la mujer que »adoras?

»Pero, ¿qué perfume aromatiza el ambiente? »¿Qué sublime armonía embarga los oidos? ¿Es »que los ángeles dejan por la tierra su divina »morada? Una vision celeste cruza los aires: »las sombras de la noche huyen ante el resplan»dor que la cerca, y envuelven en una atmósfera »de amor indecible al artista y á su obra. Se »detiene: le contempla..... Duerme, Murillo, »duerme; no ahuyentes á la vision.

»Ya se acerca... ya se fué...
»piérdese á la vista incierta...
»se pára del lienzo al pié...
»¡Despierta, Bartolomé,
»despierta por Dios, despierta!

»¿Qué es eso? Sus puros y divinos lábios to»can los lábios voluptuosos de la pintura..... Se »oye el rumor de un beso... la vision desapare»ce. Pero... esa boca animada de célica sonrisa, »no es la que tú pintaste, no es la que tu Santa »tenia, la que te hizo romper tus pinceles y ar»rojar tu paleta. No; esa es el fiel traslado de »la boca de la vision: al besarla, sus lábios que»daron estampados en el lienzo.

»Despierta; ángel caido; ya tu cuadro tiene »el fuego que apetecias. La misma Santa Isabel »se lo ha traido del cielo en sus purísimos lábios.»

Mucho habrán palidecido en verdad los pensamientos que Barrantes espresa en sonoros y armoniosos versos al trasladarse á nuestra desaliñada prosa. Esta es la gran prueba á que puede someterse una obra poética. Si á pesar de perder los encantos de la rima y de la medida, dice algo al corazon ó á la cabeza, mucho

debe valer. La gala de fantasía que en ella se hace, lo delicado de los pensamientos, la estraña novedad del conjunto, todo contribuye á que sea una composicion notabilísima. Sin embargo, no la hemos elegido por mejor, que en otras tan buenas abunda el libro, siendo la más acabada de todas, á nuestro entender, *Esposa sin desposar*, que pocos leerán con ojos enjutos y corazon tranquilo.

Sólo elogios hemos tenido hasta ahora para este libro; tiempo es pues de que hablemos de sus defectos. Pero ¿qué valen algunos versos flojos; cierta estravagancia en los metros, poco conveniente quizás, y tal cual locucion no muy castiza, si todo ello va cubierto y rebozado de tales y tantas bellezas, que la vista apenas lo columbra? Críticos hay que buscan la escoria entre los diamantes. ¡Cuán dignos son de lástima para los que, como nosotros, sólo caminan en pos de lo bello, y lo bello es lo que buscan por dó quiera!

Poeta de gran inspiracion, Barrantes se deja arrastrar por ella, y eso mismo le hace no reparar á veces en la forma, que de ordinario es buena, é intachable en algunas composiciones.

Defecto es este, que el tiempo y el estudio corregirán: poco se echa de menos en él del poeta que nace: fáltale algo del poeta que se hace. La lozana imaginacion del autor de *Ritja*, *El ciprés del Buen Retiro*, *Humo*, y *Flor trasplantada*, necesita acaso de un dique que la contenga: este dique, no puede ser otro que la forma. No somos nosotros de los que pretenden que se la sacrifique al pensamiento, alma de toda composicion; pero queremos que ese alma esté encerrada en un cuerpo robusto y hermoso como ella, y por más que nos entusiasmemos leyendo algunas de estas magníficas poesías no dejamos de conocer que aun podian ganar mucho con la correccion. Poco somos en verdad para poner defectos á lo que tanto vale: sírvanos de disculpa la buena intencion con que lo hacemos.

El nuevo sol de la lírica española comienza á brillar, disipadas las sombras de una noche que amenazaba ser eterna. En los momentos en que escribimos estas líneas, Selgas acaba de dar á luz otro libro más hermoso, si cabe, que *La primavera*: Trueba comenzará en breve la publicacion de un romancero popular, que debe añadir algunas hojas más á su corona de poeta: al lado

del puesto que ocupan estos dos jóvenes, las más risueñas esperanzas de nuestra lírica, está el que aguarda al autor de *las Baladas españolas*.

LUIS DE EGUILAZ.

Ie sui Arnaut, que plor, e vai chantan
con si tost vei la passada folor;
e vei iausen lo iorn, que esper, denan.

Arnaldo el trovador. (PURGATORIO del Dante, canto XXVII.

Yo soy trovador del alma:
cantar quiero sus arcanos
tenebrosos;
su tempestad y su calma,
el hervor de las pasiones,
que hace á los pobres humanos
tan dichosos....
¡ ilusiones de ilusiones!

¿Quereis saber, niñas mias,
lo que encierran mis *baladas*
españolas?
Devaneos, fantasías,
venturas y desventuras,
verdaderas ó soñadas
á mis solas,
entre goces y amarguras.

El poeta es un espejo,
donde el placer y el dolor
variamente
van pintando su reflejo,
ya con risas ya con llantos;
como el dolor es amor,
más frecuente
lo encontrareis en mis cantos.

Pero no en música vana,
que solo al gusto penetra:
no en mis dias.
Cuando el trovador no hermana
en la sentenciosa letra
lo divino con lo humano...
niñas mias,
¡téngale Dios de su mano!



LA GOLONDRINA.

BALADA I.

A bordo de un navio
que en la ciudad hercúlea
su ancla mojada en Chio
lanzó á la mar cerúlea,
en noche sosegada
oí esta *balada*
á un viejo marinero,
inválido sin par,

que de su cuerpo mísero
sembrado tiène el mar:
—un pié en el Trocadero,
—un brazo en Trafalgar.

Como brilla en el cielo la luna
suspendida de un hilo de plata,
peregrina
golondrina
en el aura meciéndose grata,
se distingue en el palo mayor.
Es de aquella
caravana
que en la popa
vá galana,
capitana;
y con ella
desde Europa
vá cumpliendo un hermoso destino,
á adorar el sepulcro divino,
á posarse en el monte Tabor.

Guardia-marina
de ojos azules,
cabellos blondos ,
palabras dulces ,
¿ adónde llevas
el arma lúgubre
que bajo el brazo
se te descubre ?
—La golondrina. . .
¡ Ah ! ¡ no la apuntes !
¡ Ah ! no la mates ,
sin que la escuches.

LA GOLONDRINA.

«Bajo mi pico
»llevo un papel ,
»prenda de amores
»de una mujer.
»En él su vida ,
»su alma vá en él...
»¡ lloraba tanto
»cuando volé !...

»¡ Chis! vocingleras,
»¡chis! compañeras,
»¡chis! comadres, ¡chis! ¡chis! atended,
»que son cosas más dulces que miel.

»Me dió mil besos
»por galardon
»de la visita
»que haré á su amor;
»y cuando en mayo
»luzca otro sol,
»llevaré á España
«contestacion.»

» ¡Chis! vocingleras,
» ¡chis! compañeras,
» ¡chis! comadres, ¡chis! ¡chis! atencion,
» que estas cosas son cosas de amor.

¡Maldito el que los cantos del pájaro no entiende,
que ese jamás del cielo la música escuchó!
¡Maldito el que los plomos á dirigir aprende!
¡Maldito el que la pólvora villana descubrió!

Gemido lastimero de un alma casi muerta
allá junto á las nubes oyóse gorgear;
la pobre golondrina cayó sobre cubierta,
y de dolor gimieron los peces de la mar.

El último aleteo del ave agonizante
el pico ensangrentado cubrió con el papel;
y de la bella ausente, de su perdida amante,
el cazador artero memorias halló en él.

—»¡Maldito el que la mate!»—al comenzar decia.
—«¡Maldito el que la mate!»—el jóven repitió;
y en sangre entrambas manos manchadas se veia,
y al mar para lavarse demente se arrojó.

EL VIEJO MARINERO.

¿No llorais, como lloro,
viejos, y niñas de cabellos de oro?
solo lloré en la tumba de *Gravina*...
¡y al recordar la pobre golondrina!

NI BIEN NI MAL.

BALADA II.

Nada mi pecho desea,
¡ay!
sólamente el sufrir me recrea....
¡ay!
—Compañeros
¡á beber!
¡que es un mal la tristeza y un bien!

Yo perdí mis alegrías,
¡ay!
las riquezas del mundo eran mias...
¡ay!
¿Por dinero
lloraré,
si el dinero es un mal y es un bien!

Tuve queridas y amores,
¡ay!
¡cuánto cuestan de llanto y dolores!
¡ay!
La más bella
menos fiel...
el amor es un mal y es un bien.

En ódio tuve á mi España,
¡ay!
pero triste viví en tierra estraña...
¡ay!
¿Venturoso
do seré,
si el vivir es un mal y es un bien!

Honor gané y gloria humana;
¡ay!
desvelóme la envidia villana:
¡ay!
¿Quién al sábio
puede ver?
el talento es un mal y es un bien.

Ansioso partí á la guerra;
¡ay!
al vencer, moribundo dí en tierra:
¡ay!
otros ciñen
mi laurel,
que la gloria es un mal y es un bien.

Pero ya nada deseo,
¡ay!
y en llorar y en cantar me recreo:
¡ay!
—Camaradas,
¡á beber!
¡que es un mal la tristeza y un bien!

Así cantó un desdichado,
¡ay!
al festin postrimero sentado...
¡ay!
Cayó muerto
de placer...
el morir es un mal y es un bien.

Á D. LUIS DE EGUILAZ.

LA MISMA CONCIENCIA ACUSA.

BALADA III.

Misterios del alma son.
MORETO.

Á pasos agigantados,
leyendo ansioso un papel,
Moreto cruza por *el*
Pradillo de los ahorcados

Alma viviente ninguna
viene el silencio á turbar:
solo el que acaban de ahorcar
cuelga á la luz de la luna.

La triste vision le inquieta,
y reza un credo, que al fin
es el buen don Agustin
hombre y cristiano y poeta.

Aun doblada la rodilla
siente de la yerba el roce;
cuando sonaron las doce
en el reló de la villa.

En sobresalto cruel
Moreto se levantó,
y en torno á mirar volvió,
y á repasar el papel.

«Si el sitio no os pone miedo,
»quien esto escribe, os espera
»hoy á media noche, fuera
»de la puerta de Toledo.

«Otro mejor no elegí,
»porque asegura la gente,
»que vos y yo, solamente
«podemos vernos allí.»

—

Poniendo mano á la espada,
mano fria y temblorosa,
don Agustin dijo:—«¿es cosa
«de burlas? ¡no está firmada!

«¿Quién me sacó de la villa
»á este maldito lugar?
—»Aquí maté á Baltasar
»Elisio de Medinilla.»

Esto al decir, asomaba
en su tez color de plomo,
y su mano sobre el pomo
con lúgubre son temblaba.

En vano el embozo cubre
su faz, que el dolor reviste
de palidez honda y triste,
como la vid en Octubre.

Con máscara engañadora
cubrir el dolor secreto,
es doble dolor, Moreto;
mas en secreto se llora.

Presta la luz á la pena
consuelo, aunque baladí;
quien llora dentro de sí
con su llanto se envenena.

Los ojos tiende adelante
casi cegados de miedo,
y vé en el espacio un dedo
que le señala constante.

Vuelve á otros lados la cara,
y vé en uno y otro lado
que se movia el ahorcado
sin que nadie le tocára.

Y una campana en la villa
dobla á muerto sin cesar:
—¡Aquí murió Baltasar
Elisio de Medinilla!

De hinojos, y la cabeza
sobre el pecho doblegada,
pega á la cruz de su espada
los labios, suspira y reza.

Mas cuando á mirar se atreve,
que un punto domina al miedo,
siempre le señala el dedo,
siempre el ahorcado se mueve.

Así le halló la mañana
en actitud silenciosa,
su faz mucho más rugosa,
su cabellera más cana.

Los ojos clava en aquel
papel, que oprime su mano,
y grita:—¡Dios soberano!...
(estaba en blanco el papel).

EL PAJE DE LANZA.

BALADA IV.

I.

—¿Por qué te calzas espuelas?
¿porque alzan los centinelas
el rastrillo?
—Porque al lucir la alborada
partir debo, Elvira amada,
del castillo.

—Que Dios te sirva de ejida;
pero me dejas sin vida,
dueño amado.
—Si tú no fueras villana
hiciérate castellana
de buen grado.

—Canta la alondra... te alejas:
un hijo en cambio me dejas:
¡corre! ¡corre!
—Le hagó merced de una villa,
un caballo, una trahilla,
y una torre.

—En mis entrañas le guardo:
sólo amor para el bastárdo
de tí imploro.
—Si tú no fueras villana
hiciérate castellana,
que te adoro.

—Partir déjame contigo.
Velar quiero, dulce amigo,
por tu vida.

—Voy á fiestas y torneos.
¿No me ves estos arreos
de partida?

—Seré tu paje de lanza:
iré del paje á la usanza
tras tu huella.
—Mi escarcela toma, Elvira,
y más por tu nombre mira
de doncella.

—¿Qué es mi nombre? ¿qué es tu oro?
¿la ausencia del bien que adoro
me repara?
—No abrigues tal fantasía,
que ya el resplandor del dia
nos separa.

—Yo me cortaré el cabello:
dirá una argolla en mi cuello:
¡vasallaje!
—¡Villana! ¡de enojo estallo!
corre, pues, tras mi caballo:
sé mi paje.

II.

Así ván por el camino,
como raudo torbellino.
¡Pobre Elvira!
Él, á caballo delante;
ella á pié; ¡y el fiero amante
ni la mira!

Espinoso es el sendero;
mas salva el troton ligero
los abrojos;
y con su lanza cargado
el pobre páje cansado
cae de hinojos.

—Ve más despacio, amor mio,
que ya terminar no fio
la jornada.
(Y el ginete corre, corre;
y nadie á Elvira socorre...
¡Desdichada!)

—Ya en mi seno ¡pobre niño!
la flor de nuestro cariño
se marchita.
(Tiembla el doncel; y agitado
el corazon, mal su grado
le palpita.)

—¿Ves, Elvira, aquel castillo
de viejo adarve amarillo
y ancho foso?
—Cuanto órdenes, sin tardanza
lo hará tu paje de lanza
presuroso.

—Me espera desesperada
allí una mujer amada:
dále aviso.
—Yo coronaré de flores
el lecho de tus amores,
si es preciso.

III.

Corre, corre por el prado
el caballo desbocado
como el viento,

y la triste enamorada
detrás vá desatentada,
sin aliento.

—¿Ves ese torrente, Elvira,
que entre abismos salta y gira,
rebramando?
—Doncel, si al débil protejes,
á la orilla no me dejes
suspirando.

—¡Que siendo tú mi pechera
que te pase caballera
loca trates!
—Amor mio, el dulce seno
llevo de tu sangre lleno:
no me mates.

Salta el troton el abismo,
y Elvira, que hace lo mismo,
en él cae;
duda el señor; corre á asilla;
pero el amor á la orilla
se la trae.

—Por tí he vencido á la muerte:
por tí el amor me hizo fuerte,
dueño caro.
—Empuña, paje, mi lanza,
que la noche nos alcanza
sin amparo.

IV.

Prosiguen por la ribera
su diabólica carrera
los amantes;
y para Elvira entre tanto
siglos son de duelo y llanto
los instantes.

—A la ciudad que allí vemos
esta noche llegarémos
con ventura.
—Que allí cumplida le espere,
te ruega quien bien le quiere,
vírgen pura.

—Me espera justa y torneo,
celebrando de himeneo
los fulgores.

—Si arde su antorcha en tu mano,
dicha te dén, castellano,
los amores.

V.

Todo el palacio arde en fiestas;
de amor hablan las orquestas,
y los ecos;
mas ¿qué tienen esos sones
que dejan los corazones
como secos?

Ni logra la desposada
una impaciente mirada
de su amado,
que á duras penas contiene
la tristeza que le tiene
dominado.

—¡Lindo paje del castillo
traeis! ¿canta? yo he de oillo:
cosa cierta.
—De mis tierras es pechero;
mas ni canta, ni yo quiero
que os divierta.

VI.

Del palacio en lo remoto
óyese gran alboroto
de criados;
y estos gritos penetrantes
dejan á los circunstantes
demudados:

—«Al paje de D. García
»lo hundió en mortal agonía
»mano aleve.
»En sangre tinto su lecho,
»clavel parece deshecho
sobre nieve.»

Y más lejos, apagado
resuena un acento helado
que prosigue:
—Hijo nacido en mal hora,
negra fortuna y traidora
te persigue.

—¿Ois esa voz en calma?
esa voz me llega al alma.
¡Pobre madre!

—Tú que naces, alma pura,
pídele á Dios la ventura
de tu padre.

VII.

De suspiros y oraciones
se oye al cruzar los salones
son medroso.
García cruza por ellos,
erizados los cabellos,
hórroroso.

Huir acaso querria,
y adentro, adentro le guia
su conciencia,
que allí una mártir muriendo
está, y un ángel naciendo
de inocencia.

—

—¿Quién de la villana Elvira
compasivo atiende y mira
los dolores?
—Vive: unamos nuestras manos:
para el amor no hay villanos,
ni señores.

LA CASA DE TODOS.

BALADA V.

Del rico á la dura puerta
medroso llamo,
y con desprecio me arrojan
un solo ochavo.

A la ancha puerta del noble
toca mi mano,
y no me abren, porque visto
pobres harapos.

Del trabajo la morada
    diérame amparo;
mas ¡ay! sólo escucho en ella
    quejas y llanto.

La mansion de la alegría
    busco y no hallo...
¿será un sueño? sus dinteles
    nadie ha pasado.

¡Oh dicha! junto á la iglesia
    miro allá abajo
cruz tosca, que siempre anuncia
    lugar cristiano.

El mundo entero lo habita;
    mas no hay cuidado,
que el mundo en el cementerio
    cabe muy ancho.

Á D. GERMAN HERNANDEZ,

PINTOR,

(PENSIONADO EN ROMA).

SANTA ISABEL Y MURILLO.

BALADA VI.

I.

Ya sonaron las campanas
dè uno y otro monasterio
en las torres sevillanas :
ya murmuran las galanas
brisas de amor y misterio.

Ya se duermen los dolores
á la luz de las estrellas,
como la oruga en las flores;
y ya salen las doncellas
á sus pláticas de amores.

Es un bálsamo el ambiente:
el vivir dulce solaz:
blanda música la fuente:
delirios toda la mente:
consuelos el alma y paz.

¡Hora de divino encanto
del eden de Andalucía!
cobijada por tu manto
hínchese de fuego santo
la ardorosa fantasía.

El artista en su paleta
vé fantasmas á millares,
que su mano traza inquieta;
y vuela raudo el poeta
al mundo de los cantares.

II.

¡El artista! su amargura
¿quién ha comprendido, quién,
cuando en sueños se figura
á Dios igual en hechura,
y hombre se mira tambien?

¿Cuando sueña en soberano
ímpetu llegar al cielo,
y tiene y pára su mano
el soplo vil de gusano
que le arrastra por el suelo?

III.

¡*Murillo!* el sol que se vá
roba á tu mente la luz...
¡Ay! ¿si por siempre será?
¿Cómo no te inspira ya
aquel que murió en la cruz?

Duerme, duerme, ángel caido
del cielo de los pintores,
á tu flaqueza rendido:
tus plantas han destruido
pincel, paleta y colores.

¡Ay! ¿para qué te servian
si el lábio á *Santa Isabel*
torpes é impuros hacian;
sí—«¡Dios!»—tus lábios decian,
y sólo dice—«¡amor!»—él?

No con suave murmullo
parece, apenas abierto,
cándida rosa en capullo,
que mantiene en el desierto
brisa de celeste arrullo.

No parece que del alma
exhale el perfume blando,
que todas las penas calma,
ni el dulce son de la palma
junto al cielo suspirando.

Ni fuente de eterno bien,
ni vaso de alba pureza,
ni trasunto del eden;
ni sol que á rayar empieza
en los montes de Belen.

Sí, pobre artista dormido
en brazos del desaliento;
pintar á Dios has querido,
y Dios es sordo al acento
de las pasiones salido.

Esa boca de clavel,
que con orgullo trazó
tu vigoroso pincel,
no es la de la santa, no;
no es la de *Santa Isabel*.

Esa boca espera un beso
envuelto en quejas y en lloro
para abrirse de embeleso,
para murmurar;—«te adoro...»
—*¡Esteban!* ¿soñabas eso?

¡Ay! la santa inspiracion
ha profanado, *Murillo,*
tu amoroso corazon:
lábio en que brilla tal brillo
arde en liviana pasion.

Aunque el pecho te arrancáras
dó esa imágen atesoras,
cayeras cuando voláras;
si á Dios ves tan á las claras
es porque en el mundo adoras.

IV.

Pero ¿qué perfume orea
el ambiente silencioso,
como dulce miel hiblea,
como néctar oloroso
en que el alma se recrea?

¿Tiende algun ángel los vuelos
batiendo su flébil ala?
¿rásganse los sacros velos?
¡qué vago murmurio exhala!
¿es música de los cielos?

Huye ante su resplandor
la tiniebla vespertina;
llama parece de amor,
que blandamente ilumina
pinceles, cuadro y pintor.

La fimbria de su ropaje
son nubes arreboladas,
flor entre rico follaje;
macilentas sus miradas
como sol entre celaje.

Al pobre artista caido
del sol de la inspiracion,
mira con rostro afligido :
—¡*Esteban!* sigue dormido :
no ahuyentes á la vision.

Ya se acerca... ya se fué...
piérdese á la vista incierta...
se pára del lienzo al pié...
—¡Despierta, *Bartolomé!*
¡despierta por Dios! ¡despierta!

El lienzo su lábio toca
y la pintura abrillanta
el resplandor de su boca;
la mente confunde loca
á la vision y la santa.

Como á la rosa la abeja
se separa ó se avecina,
al lienzo corre y se aleja,
y de su boca divina
el fiel traslado le deja.

Despierta ya, ángel caido
del sol de la fantasía;
fuego á tu cuadro ha traido
solo en el cielo encendido
la misma *reina de Hungría.*

HUMO.

—

BALADA VII.

La vie est un combat dont la palme est aux cieux.
CASIMIRO DELAVIGNE.

Cabe la cuna del niño
voz dulce y casta resuena,
como un beso.
Voz de maternal cariño,
aunque niño, ya le llena
de embeleso.

Aura que las flores riza,
de sus lábios se desliza
risa blanda;
y con sus ebúrneos brazos
mil besos y mil abrazos
á la dulce voz demanda.

Un ¡ay! resuena en torno, que su razon conmueve.
¡ del niño los abrazos disipan humo leve !
del huérfano las lágrimas no enjuga nadie ya.

Aquel humo
¿ adónde vá ?

—

Quince abriles. Todo flores,
aromas, luz y rüido :
¡ cuánta, cuánta
sirena hermosa de amores,
que sin cesar á su oido
así canta!
—»Ven : yo soy fuente escondida,
»y dán y sorben la vida
»mis corrientes.

»Ven á gustar sin medida
»la mas sabrosa bebida]
»que manan todas las fuentes.»

En pos de la sirena su pié ligero mueve:
¡del jóven los abrazos disipan humo leve!
El mundo y la sirena son yermo y humo ya.

Aquel humo
¿adónde vá?

—

En sus sienes arrugadas,
ayer espiga de oro,
se ven luego
las cenizas, apagadas
acaso con triste lloro,
de aquel fuego.
¡Un corazon, una mano
méngüenle el peso tirano
del destino!
Los vislumbra en lontananza,
y tras su amigo se lanza,
como raudo torbellino.

Medroso se adelanta, al ídolo se atreve:
¡del hombre los abrazos disipan humo leve!
¡tambien como sus sueños es humo la amistad!

Aquel húmo
¿adónde va?

Yerto su pecho palpita,
que apenas es dél sentido:
tronco inerte,
su cuerpo se precipita
por el alma retenido
á la muerte.
Rasgan sus piés los abrojos;
el llanto ciega sus ojos;
tiene frio;
no hay para sus ayes eco;
tronco carcomido y seco
cae al fin en el vacío.

Sólo la tumba lóbrega á su dolor se mueve;
pero tambien sus antros exhalan humo leve.
—El alma del anciano.—¿Es humo? ¿Qué será?

Aquel humo
¿adónde irá?

EL JUGLAR.

BALADA VIII.

.....des premiers trovadours du moyen âge ; de ces rapsodcs chretiens, qui n'avaient au monde que leur épée et leur guitare, et s'en allaient de château en château, payant l'hospitalité avec des chants.
VICTOR HUGO.

EL JUGLAR.

Yo soy el pobre bardo peregrino,
que vengo á divertir á los señóres :
sentadme al fuego y escanciadme vino.
—¿Quereis cantos de guerras ó de amores?

EL SEÑOR,

Limpiadle el polvo, pajes;
traedle ricos trajes;
sentadle á nuestra mesa;
colmadle el plato de esa
carne de ciervo asada.

LA CASTELLANA.

Cántanos, trovador, una balada.

EL JUGLAR.

Del Rhin y de sus plácidas riberas
cantar en mi laud sé las sencillas
historias que en las noches placenteras
niños y viejos gozan en oillas.
De duendes, trasgos, brujas y quimeras
yo te diré, señora, maravillas,
ó dulces cuentos de amorosos males,
que placen más á damas principales.

EL SEÑOR.

Soldado soy. Del batallar contino
cántanos, de la guerra y sus horrores.

EL JUGLAR.

Mandad. Yo soy el bardo peregrino,
que vengo á divertir á los señores.
—Yo cantaré como el tercer Fernando
ardiendo en ira que le gana el cielo
éntra á cuchillo el agareno bando,
y el Bétis puebla de terror y duelo.
Yo cantaré, señor, el cómo y cuándo
el santo rey en su cristiano anhelo
clavo la cruz del Cristo sin mancilla
en las torres de Córdoba y Sevilla.

EL SEÑOR.

Pajes, su lira empolvada
traed al pobre juglar;
dadle la copa colmada...
—y desceñidme la espada,
no me encienda su cantar.

LA CASTELLANA.

Nací mujer.—Amar es mi destino:
cántanos, trovador, trovas de amores.

EL JUGLAR.

Mandad. Yo soy el bardo peregrino,
que vengo á divertir á los señores.
—Acaso, noble dueña, de Macías
los dulces cantos guarda tu memoria;
él fué mi amigo, que murió en mis dias.
¿Quieres saber su lamentable historia?

LA CASTELLANA.

Pajes, traed prontamente
el alhamí recamado
para reclinar mi frente.
—Cuentan que murió inocente.

EL JUGLAR.

Murió por enamorado.

EL SEÑOR.

Cantos de guerra por tu vida quiero:
canta romances de los moros, canta,

ó por quien soy, cristiano y caballero,
que ahogo la cancion en tu garganta.

LA CASTELLANA.

Entre estos muros que á prision trascienden,
paso, señor, mi vida: tú, en las lides;
¿por qué trovas de amor tanto te ofenden?

EL SEÑOR.

¿Por qué trovas de amor tanto le pides?
—Canta guerras, juglar, que pierdo el tino.

LA CASTELLANA.

(¡Ay de mí, ni cantados oigo amores!)

EL JUGLAR.

Mandad. Yo soy el bardo peregrino,
que vengo á divertir á los señores.
Gócense castellana y castellano,
en dulces trovas de su patria y mia,
dó la bravura lleva por la mano
al amor, á la fé y á la hidalguía.

Todo es aquí divino y todo humano;
el pueblo héroe y galan es á porfia...
¡Oh! para historias de bravura y gala,
España de mi amor, nadie te iguala.

(Cantando.)

¿Dónde hay pueblo como España,
»ni guerras como sus guerras,
»ni nobles como sus nobles,
»ni bellas como sus bellas?

»España ¡España! no tienes par;
»Dios no lo quiso por dicha hacer.
»¿Quién ha podido nunca igualar
»tu gentileza ni tu poder?

»Aquí es de ver
»tanto lidiar,
«tanto vencer,
»tanto rondar,
»tanto querer:
»como sabemos amar
»sabemos aborrecer,
»y matar,
»y caer.»

«España ¡ España! no tienes par:
»Dios no lo quiso por dicha hacer.»

LA CASTELLANA.

Cantar sencillo,
que me enternece.

EL SEÑOR.

Toma un bolsillo.

LA CASTELLANA.

Bien lo merece.

EL JUGLAR.

A tus pajes el oro dá mezquino,
que el pié te besarán como lo dores.
—Yo soy el pobre bardo peregrino,
que vengo á divertir á los señores.
Canto, porque cantar es mi destino;
¿ no nacen á cantar los ruiseñores,
las auras, el arroyo cristalino,

y en su lengua los brutos y las flores?...
Mas en púrpura el cielo se colora.
¡ Adios !

EL SEÑOR.

¿ Ya partes?

EL JUGLAR.

A cantar la aurora.

RECONVENCIONES.

BALADA IX.

Sentada en la ribera
la niña llora
desdenes del ingrato
que la enamora;
y un pajarillo
la dice en melodioso
canto sencillo :

—«Más lágrimas no viertas
»por el perjuro,
»que del arroyo enturbian
»el cristal puro,
»y Dios se queja
»porque el azul del cielo
»ya no refleja.»

Y otra vez enturbiando
del agua el brillo,
dijo la triste jóven
al pajarillo:
—«¡Ave del alma!
»Recobrarán las ondas
»pronto su calma;

»Que la noche el silencio
»turba si llora,
»y más pura y brillante
»sale la aurora,
»rica de perlas,
»que pájaros y brisas
»ansian beberlas.

»Y si turba el rocío
«la flor lozana
»más belleza recobra
»por la mañana,
»cuando en desmayo
»quiebra el sol en sus hojas
»su amante rayo.

»¡Ay! tú que á mis amores
»testigo fuiste,
»¿por qué al pérfido amante
»no le dijiste:
»*¡Turbas su alma,*
»*y esa ya no recobra*
»*nunca la calma!*»

A D. ANTONIO ARNAO.

EL BAUTISMO.

BALADA X.

En el fondo una ciudad romana, bulliciosa como en dia de fiesta.—Ruinas magestuosas bañadas por un rio. —A la orilla, en una fragosidad, una gruta, a cuya puerta se vé un patriarca de luengas canas, arrodillado tristemente.—Por detrás de las ruinas serpentea una magnífica via ó camino real, por donde salen y entran en la ciudad los gentiles, ora soldados, ora esclavos, ora labradores, ora doncellas.—Empieza á amanecer.

LOS CRISTIANOSS, *saliendo en procesion de las ruinas, precedidos del* NEÓFITO, *con palmas en las manos.*

De tu mortal levadura
del pecado de Satán,
purifícate, criatura,
en las aguas del Jordan.

Para vencer en el rudo
combate que aquí te espera
sólo puede sér tu escudo
la religion verdadera.

CORO DE SOLDADOS, *dentro de la ciudad.*

Ya se abrió el templo de Jano:
Marte el clarin toca ya;
al Capitolio romano
¿quién en triunfo subirá?

EL PATRIARCA, *en extasis.*

Tu trono se desploma,
¡oh déspota perverso!
¡Oh Roma!

CORO DE LABRADORES, *entrando en la ciudad.*

¡Gloria á Roma,
al sol del universo!

LOS CRISTIANOS.

Allí es la santa morada
del piadoso cenobita,
por sus manos socavada
bajo la ciudad maldita.

Ese es nuestro templo, hollado
por un pueblo envilecido;
pueblo que será humillado,
cuando el templo engrandecido.

El Neófito, *adelantándose á sus compañeros en direccion á la gruta.*

Tú, que habitas entre rocas,
lejos del mundano afan
y sus vanidades locas,
ven, condúceme al Jordan.
Patriarca solitario
que entre silicios y abrojos
riegas la flor del Calvario
con la sangre de tus ojos;
tú, que pasas noche y dia
en cristiana adoracion,
purifica el alma mia
con agua de redencion.
Llévame á beberla: ven;
sediento mi lábio está.

Coro de doncellas, *dentro de la ciudad.*

Al templo de Vénus ¿quién
no vendrá? ¿quién no vendrá?

EL PATRIARCA.

Tu mano ¡oh Dios! resplandece
que trueca en blason la cruz.
Allí noche, aquí amanece...
de nuevo caos, nueva luz.

(Le abraza y dá el ósculo de paz.)

El martirio ¿no te espanta?
¿no temes la muerte, hermano?

LOS CRISTIANOS.

Con el hierro á la garganta,
adora á Dios el cristiano.

EL PATRIARCA.

Cristianos piden las fieras;
¿no te asustan sus rugidos?

LOS CRISTIANOS.

En vano probar esperas
la fé de los elegidos.

EL PATRIARCA.

(Elevando los brazos al cielo.)

¿Qué fuego divino es
el que nos abrasa así?
¿Es el que abrasó á Moisés
en el monte Sinaí?
Lozano y fragante lirio
abierto al sol en Belen,
tu corona de martirio
sea la nuestra tambien.
Aunque su cuchilla infame
Roma afila sin cesar,
nunca impide que te ame
el alma que sabe amar.

CORO DE DONCELLAS, *en la ciudad.*

La vida es el placer;
el alma es una flor
que gózase en beber
las auras del amor.

EL PATRIARCA.

Roma, el vicio, que es tu encanto,
pudre esa flor en tu suelo;

con nosotros mora el llanto
que abre las puertas del cielo.
Triunfos vanos, vanagloria,
para tu sien, viles palmas...
para nosotros la gloria
de regenerar las almas.
¿Cómo solazarte puedes
en ese impuro festin,
cuando brilla en las paredes:
mañana será tu fin?
Todos los vicios pasaron
por tus mejillas enjutas,
y los surcos te dejaron
de las torpes prostitutas.
Más vil que Sodoma eres,
que ves á tu emperador
usurpar á las mujeres
de los hombres el amor.

LOS CRISTIANOS.

Tu trono se desploma,
¡oh déspota perverso!
¡Oh Roma!

CORO DE GENTILES, *á lo lejos.*

¡Gloria á Roma,
al sol del universo!

EL PATRIARCA.

En vano afirmarse quiere
en sus ejes inseguros:
Roma con sus vicios muere:
nosotros nacemos puros.
Desde que Dios en Judea
tuvo un pesebre por sólio,
vacila y se bambolea
el altivo Capitolio.
Gentes feróces, del Rhin
intentan romper la valla,
y ábreles camino al fin
la mano de Caracalla.
Ellas traen un bautismo
de sangre á este cuerpo inmundo;
nosotros... el cristianismo
que dá un alma nueva al mundo.

(Suena en las ruinas la campana bautismal.)

Los cristianos.

De tu mortal levadura,
del pecado de Satan,
purifícate, criatura,
en las aguas del Jordan.

(*Van bajando al rio precedidos del* Patriarca.)

El Patriarca.

Ondas del sagrado rio
que el mismo Dios consagró,
lavad al hermano mio
del pecado que heredó.

(*Al Catecúmeno.*)

El rostro vuelve á Occidente
adonde el Tíber murmura:
allí noche sólamente,
tiniebla de horror impura.

El Neófito, *vuelto á Occidente.*

Yo abjuro del mundo vano
pompa y poder infecundo:
por el nombre de cristiano
trocára el cetro del mundo.

EL PATRIARCA.

Los ojos á Oriente lanza,
en donde brilla la cruz,
símbolo de tu alianza
con el sol de toda luz.

EL NEÓFITO, *vuelto á Oriente.*

Pues haces de noche umbría
el alba que perlas llora,
Señor, haz del alma mía
una purísima aurora.

CORO DE CRISTIANOS.

Ya se alza el estandarte
donde la cruz campea.

CORO DE SOLDADOS.

Romanos ¡gloria á Marte!

CORO DE DONCELLAS.

A Vénus Citerea.

(EL PATRIARCA, *estendiendo las manos sobre las aguas.*)

En el sacrosanto nombre
del Dios que aman los cristianos,

te convierten para el hombre
en fuente del bien mis manos.
(Hace la señal de la cruz.)
Baña en fuego, baña en luz
á aquel que en tus ondas dejo,
por la señal de la cruz
que se retrata en tu espejo.

(Los cristianos suspenden al NEÓFITO *sobre las aguas.)*

Sumergidle, hermanos mios,
tres veces: la Trinidad
déle sus tres dones píos:
fé, esperanza y caridad.
Fé, escudo de la razon;
esperanza, luz bendita,
que abrase su corazon,
y en deseos lo derrita;
caridad, capullo tierno
que toda virtud encierra;
por caridad, el Eterno
dió al hombre cielos y tierra.
La fé alumbre su destino;
la esperanza le sonria;
la caridad el camino
le enseñe que al cielo guia.

Dadme la túnica blanca
para cubrir su inocencia,
que al reino del mal arranca
la bendita penitencia.

(*Le ciñe la túnica.*)

Hermano, ya eres cristiano;
El martirio no te espante.

El Neófito.

Para ser de Dios hermano,
¿es el martirio bastante?

El Patriarca.

Los dolores que aquí esperas
laureles eternos son. .

Soldados gentiles, *apareciendo de repente.*

¡Cristianos!... ¡hola! á las fieras,
que hay en el circo funcion

(*Maniátanlos, béfanlos, y se dirigen al circo por la via, cantando unos y otros,* los gentiles *con algazara,* los cristianos, *con mística dulzura:*)

Los soldados.

Ya rugen los leones
de hambre y de placer.

Los cristianos.

Alzad los corazones
á Dios que nos dió el ser.

NO MIREIS Á LA NOVIA.

BALADA XI.

¿Veis aquel grupo lijero,
que como vago fantasma
en alas del invisible
viento, atraviesa la plaza?
Es Ana y Anton su novio;
Ana y Anton, que se casan
delante del padre cura
como el catecismo manda...
Mas no mireis á la novia,
que se pone colorada.

¿Veis que llegan á la iglèsia,
y que á la puerta se páran,
y con misterio les abren,
porque con misterio llaman?
Yo soy tambien convidado:
entrad conmigo, muchachas,
y callandito atisbemos,
que ha de haber materia larga...
Mas no mireis á la novia,
que se pone colorada.

—

¡Qué tieso viene el padrino!
y la madrina ¡qué maja!
¡De gala tambien el cura!
los convidados de gala,
¡y hasta el sacristan se ha puesto
su bonete y su sotana!
¿Y los novios?... ¡ay! ¡qué tristes!
casi parecen estátuas...
Mas no mireis á la novia,
que se pone colorada.

Ya el padrino y la madrina
se ponen... vamos, en facha,
los novios se dán las manos,
y los convidados callan.
Ya abre el libro el padre cura,
y el sacristan se prepara
á ponernos con su hisopo
como de ropa de pascua...
Mas no mireis á la novia
que se pone colorada.

—

Ya empieza.. —«*In nomine Domini.*
»*Virgo*...»—¡No os riais, muchachas!
que yo os lo iré traduciendo
en la lengua castellana.
Dice...—¡Anton baja los ojos!
Dice...—¡ella tambien los baja!
Dice que...—Sois la más pícara,
la más pícara canalla...
¿por qué mirais á la novia,
que se pone colorada?

Prosigue el latin. Dejadme
escuchar.—«Ana, oye, Ana,
»yo te caso con Anton
»para aumento de tu raza...»—
¡Muchachas! ¿quereis callaros?
¡qué cuchicheos! ¡caramba!
«*Crescite et multiplicamini*...
¿Quereis callaros, muchachas,
y no mirar á la novia,
que se pone colorada?

—

¡Chist! ya empieza lo más bueno:
no la mireis... no miradla.
El cura dice :—«Ana, eres
»de Anton, tu marido, esclava.»—
¡Y Ana le mira... y se rie!
¡qué bueno es lo que se calla!
un—*nones*—mondo y lirondo:
un—*nones*—como una casa...
Mas no mireis á la novia,
que se pone colorada

Ya el cura dice el responso...
no, la postrera palabra;
y Anton ya se dá por muerto...
muerto me encuentre en su cama.
La niña sale del susto,
y los padrinos la abrazan,
y Anton la coje... la coje
por estrechar las distancias...
Mas no mires á la novia,
que se pone colorada.

—

¡Cómo corren, cómo corren,
que se retiran á casa!
Anton vuela como un pájaro;
la niña... como una pájara.
Pero los pobres padrinos,
que son ya viejos, se cansan,
y solitos los casados
adelantan... adelantan...
Mas no mireis á la novia,
que se pone colorada.

Ya sonó el último brindis :
ya son las doce muy dadas :
ya los viejos se hacen señas :
ya se rien las muchachas :
ya las madres dan consejos :
ya cierra los ojos Ana :
ya los abre su marido...
—y ya mi cuento se acaba,
porque el cuarto queda oscuro,
y nadie sabe si Ana...
palidece ó reverdece,
ó se pone colorada.

¡PAN!

BALADA XII.

Señores que en el banquete
á los perros arrojais
el pan como vil juguete;
¿no mirais
temblar la estendida mano
de ese anciano
que os pide muerto de afan :
¡pan! ¡pan! ¡pan!?

Damas que en nada hay quien tilde,
y el pan bendito rehusais
por ser un manjar humilde;
¿no mirais
á esos miles de mujeres
¡tristes seres!
que acaso á venderse van
por un pan?

—

Niños, niños, dulces prendas,
que en migas desmenuzais
el pan de vuestras meriendas;
¿no escuchais
á esos niños tan hermosos,
que llorosos
pidiéndoos sin tregua están:
¡pan! ¡pan! ¡pan!?

—

Decid, labriegos sencillos,
que de la choza ahuyentais
á los tiernos pajarillos;

¿no pensais
que ese grano, que esa espiga,
que esa miga
de pan, que buscando van,
es su pan?

—

¡Mundo ciego, que no sabes
que lo que dejas perder
hombres puede, y niños y aves,
mantener!
reciban pan tus hermanos
de tus manos,
que las de Dios te darán
mejor pan.



LOCO DE AMOR.

BALADA XIII.

Mi casa no tiene puerta,
mi puerta no tiene casa;
—pero yo á todas las horas
entro y salgo con mi amada.

Mi lecho no tiene alcoba,
mi alcoba no tiene lecho;
—pero nosotros en ella
perfectamente cabemos.

Soñamos y no dormimos,
dormimos y no soñamos,
—pero soñando ó durmiendo,
siempre estamos abrazados.

No hay noches en nuestros dias,
en nuestros dias no hay noches;
—pero nuestro amor sin alas
en alas del tiempo corre.

A D. FRANCISCO M. TUBINO.

FLOR TRASPLANTADA.

BALADA XIV.

. . . esto lo ha de descir el que faze hestorias de tiempos malos.....

Crónica del siglo XV.

Un pobre niño estranjero
por las calles de Triana
iba pidiendo limosna
al dulce son de su arpa;
y la gente le decia:

—«¡ Qué mal que cantas!»
¡ Ay ! ¡ en mal hora
flor trasplantada !
¡ siglo maldito !
¡ siglo sin alma,
que no respeta
ni la desgracia !

—

Era un Enero muy frio;
el Guadalquivir se helaba;
y el cantador tiritando
hería apenas el arpa.
Limosna pide, y contestan:
—«Vé noramala.»
¡ Ay ! sí, en mal hora,
flor trasplantada !
¡ siglo maldito !
¡ siglo sin alma,
que no respeta
ni la desgracia !

—

Por dar á su pecho alivio,
y desahogo á sus ansias,
el niño torna á su canto
en trémula voz helada:
¡Ay, no es voz; es un suspiro
que parte el alma!
—Flor, que en mal hora
fué trasplantada
desde pensiles
á tierra ingrata,
solo á los vientos
su aroma exhala.

—

»Verdes orillas del Rhin,
»¡dulce patria! ¡dulce patria!
»la de las rubias doncellas,
»la de las tiernas baladas,
»¡si yo volára á tus brazos...!
»¡no tengo alas!
»¡Ay! ¡en mal hora
»flor trasplantada!
»¡siglo maldito!

»¡ siglo sin alma,
»que así envenenas
»mi triste infancia!

»A España tendí mis ojos,
»porque adoro yo á la España,
»con sus iglesias benditas,
»con sus canciones galanas;
»y España, la caballera,
»¡ cómo me trata!
»¡ Ay en mal hora
»flor trasplantada!
»¡ siglo maldito,
»siglo sin alma,
»que así envenenas
»mi triste infancia!

»La multitud me apedrea;
»arrójanme de las casas;
»¡ ni pan siquiera me dieron

»para mojarlo con lágrimas!
»¡Cristianos son, y se burlan
»de la desgracia!
»¡Ay! ¡en mal hora
»flor trasplantada!
»¡siglo maldito,
»siglo sin alma,
»que así envenenas
»mi triste infancia!

»Muero de hambre y de frio,
»lejos de tí, dulce patria,
»sin el beso de mi madre,
»sin su postrera mirada.
»¡Ay! quizás en mí se ceben
»buitres y águilas.....
»¡Ay, en mal hora
»flor trasplantada,
»que de su vida
»muere en el alba,
»sin que la agoste
»sol de su patria!

»Vuelva á tí mi pensamiento,
»vuelva á mi madre mi alma,
»como el eco torna al valle
»volando sobre las auras.
»¡Así pudiera conmigo
»llevar mi arpa...!
(Le insulta el pueblo
y el niño acaba:)
—»¡Siglo maldito,
»sigló sin alma,
»que hasta la muerte,
»¡ay! acibáras!»

—

Vió poco despues Sevilla
en su barrio de Triana,
el caso mas lastimero
que nunca se vió en España.
¡Un niño muerto... de hambre...
sobre la escarcha...!
¡Ay, en mal hora
flor trasplantada,
que de su vida

muere en el alba,
sin que la agoste
sol de su patria!

—

Pasan inviernos y otoños,
tempestades y bonanzas,
y el arpa nunca se pudre
sobre la tumba clavada;
y canta, cuando en sus cuerdas
suspira el aura:
—»Aquí no hay flores,
»que solo hay lágrimas.
»¡Ay de la triste
»que vino á España
»á ver el colmo
»de sus desgracias!»

EL COPO DE NIEVE.

BALADA XV.

Subiré á la montaña
dó entre la yerba,
la nieve del invierno
aun se conserva.
Cojerla quiero,
para acordarme en Mayo
de que hay Enero.

Susurrando y lijera
cual aura leve,

cogió la niña el último
copo de nieve:
¡ Cosas de niña !
antojos infantiles ,
¿ quién no la envidia ?

Como en su vírgen seno
brilla su alma ,
brilla dentro del vaso
la nieve blanca.
Nadie dijera
cuál es mas blanca nieve,
la nieve ó ella.

Un galan caminante
triste y cansado ,
reposa bajo un olmo
del verde prado.
Cuando se cruzan ,
él la mira con ojos
que la deslumbran.

—Buenos dias , zagala.
—Salud , mancebo.

—¡Ay qué sed me devora!
—Agua no llevo;
pero en la aldea
baila con mil amores,
y pura y fresca.

—Si yo fuera contigo,
dí, ¿volvería?
(La niña ya se pone
coloradita;
y mal su grado
bajo el cendal descubre
su limpio vaso).

—Como el fuego de amores
la dicha fragua,
del sol el fuego trueca
la nieve en agua.
Dame tu copa,
que más que el sol de Junio
arde mi boca.

Casi vertiendo lágrimas
la niña cede,

y vé que se derrite
su blanca nieve.
¡Ay de los ayes
que en el pecho se ahogan
del pobre ángel!

¡Qué turbio quedó el vaso,
tan puro y limpio!
subír á la montaña
de nuevo quiso.:...
Subieron juntos,
y en la fuente lavaron
el vaso turbio.

Pero ya de la niña
no ven los ojos
aquella blanca nieve
de sus antojos;
ni el vaso queda,
aunque lo lava y lava
como antes era.

Barrierón ya la cima
cierzos de estío,

y el cristal empañado
parece vidrio.
La desdichada
pasa dias y noches
lava que lava.

Y dice que la boca
de aquel ingrato
solo puede su brillo
volverle al vaso....
¡Ay niña triste!
es la esperanza nieve
que se derrite.

A LA HORA DE LOS SUEÑOS.

BALADA XVI.

Aprieta el troton el paso
al llegar al cementerio,
grazna la corneja triste,
ahulla medroso el perro,
la luna se envuelve en nubes,
y hace la cruz el viajero;
que es un crímen en los vivos
el despertar á los muertos.

—

La campana soñolienta
dá la hora de los sueños,

y bajan sobre las tumbas
las almas que van al cielo.
¡Ay del indiscreto amante!
¡Ay del amante indiscreto!
que los muertos no perdonan
á quien despierta á los muertos.

—

¿Por qué el amor es tan santo,
audaz y profano siendo?
¿Por qué el enlutado amante
penetra en el cementerio?
—«¡Ay! porque—*aquí yace Laura*—
»en aquella tumba leo,
»y no es crímen en los vivos
»el adorar á los muertos.»

A D. ANTONIO DE TRUEBA.

PERICO EL CIEGO.

Cantan los ciegos,
¡y lloramos nosotros
que la luz vemos!
TRUEBA.—*El libro de los Cantares.*

BALADA XVII.

I.

Las gentes degeneradas
ya solo gustan de oir
historias desaliñadas,
ó coplas desvergonzadas,
que en burlas hagan reir.

Cuentecillos de ladrones
y de mujeres perdidas;
romances y relaciones;
y las antiguas canciones
de nadie ya son oidas.

Y en vano el ciego se agarra
á su podrida guitarra,
y tañendo y punteando,
manos y voz se desgarra,
á todas horas cantando.

Buen patricio á su manera,
cantor de la hispana gloria,
le aflige y le desespera
que el pueblo olvide su historia,
y recordarla no quiera.

Nada moderno le agrada;
y habla y oye con desden
á esta gente degradada,
que no le pregunta nada
del Dos de Mayo y Bailen.

¡Pobre ciego! ¡Pobre Homero
de Cides y de Bernardos!
es español verdadero
y canta á españoles; pero....
¡qué españoles tan bastardos!

Las blancas noches de estío,
cuando el pueblo vive y goza,
baja al Prado, baja al rio,
y al pobre ciego, ¡Dios mio!
desdeña la gente moza.

Y en corro férvido y grato
rompiendo el aplauso apenas,
oye á otro ciego insensato
el vergonzoso relato
de mil historias obscenas.

Y más Perico se agarra
á su podrida guitarra,
y su perro fiel ahulla,
y aunque su voz se desgarra
¡ay! la confunde la bulla.

Y al fin el sueño le agobia
sin tocar su seca mano
el busto de un rey cristiano,
que le diga en castellano:
—Hijo soy yo de Segovia.

Y juntos el perro y él
á su bohardilla se van,
á partir con mano fiel
negros mendrugos de pan,
más negros que su mantel.

II.

El hambre es mal consejero
del hombre desesperado;
por culpa de Don Dinero
se hace ladron el honrado
y villano el caballero.

Pero el de buen corazon
que firme virtud esmalta,

no sabe hacerse ladron,
y busca lo que le falta
en la santa religion.

Por las calles de la villa
camina Perico á tientas,
con su perro y su varilla,
y es triste el color que brilla
en sus facciones hambrientas.

Llega á un pórtico elevado,
lleno de placer inmenso
el ciego desventurado,
que busca un templo sagrado,
y olor hay allí de incienso.

Con sus zapatos de plata,
y su manto de escarlata
allí está Santa Cecilia,
á quien adora y acata
la trovadora familia.

Perico tambien la adora,
y en sus tristezas mayores

su ayuda eficaz implora,
como á santa protectora
de músicos y cantores.

Al punto á su fiel guitarra
entusiasmado se agarra,
y canta, puesto de hinojos,
con voz que el dolor desgarra
y lágrimas en los ojos:

Madre amorosa del cantor doliente,
tú que sostienes su inspirado vuelo,
y el himno humilde que su labio exhala
llevas al cielo;

Dáme siquiera que á tus piés espire
blanda armonía para tí exhalando;
y ya que el ciego sin ventura muera,
muera cantando.

Vé que el vivir en tan aciagos dias
es á mis hombros insufrible carga,
que ya el dolor en ódio se convierte,
y en hiel amarga.

El pueblo imbécil de su Dios se olvida,
y tiene el nombre de su patria en poco,
y de sus padres el honor desdeña,
mísero y loco.

Yo le perdono su desden impío:
á él su desdicha como á mí me abona.
¡Cantar! ¡cantar en tan menguados dias,
santa patrona!

¿Altares ves? al oro se levantan;
¿Amores ves? el oro es su tesoro;
¡el oro es Dios! ¡es alma! ¿quién supiera
cantar al oro?

—

A la par que el ciego canta
en los labios de la santa
se dibuja una sonrisa,
leve espuma que levanta
sobre las olas la brisa.

Y cuándo en su horror del oro

llanto de fé y arrebato
mezclaba al cantar sonoro,
hízole la santa el coro,
arrojándole... un zapato.

¡Oh venturoso Perico!
¡oh cantador sin igual!
¡bien haya tu dulce pico!
ya por un don celestial,
pobre Perico, eres rico.

III.

En el siglo diez y nueve
nadie á tener fé se atreve,
y no hay quien milagros crea...
¡Cómo! ¡una santa se mueve!
inverosímil idea.

¡Y su zapato de plata
arroja desde el altar,
en pago á una serenata...!

¿quién ha podido inventar
tan risible patarata?

—¡Alguacil! mete al inmundo
sacrílego autor del robo
en calabozo profundo.
Eso es burlarse del mundo...
¡ni que el mundo fuera bobo!

IV.

Un cadalso se levanta
en la puerta de Toledo;
allí el ladron de la santa
ejemplo vá á dar y miedo,
muriendo por la garganta.

Toda la Ronda está llena,
que siempre á Madrid le plugo,
villa ilustre, honrada y buena,
una funcion de verdugo
tanto como una verbena.

Y no pondré yo mancilla
por eso en la heróica villa:
sus tradiciones respeta:
donde tiene el rey su silla
no hay ladrones... de chaqueta.

En tosco sayo enfundado,
besando al Crucificado,
vá caballero Perico
sobre un humilde borrico
con un religioso al lado.

—Hermanos, ¡ muero inocente !—
grita á la apiñada gente;—
y todos responden:—¡ calla !—
y á poco un motin estalla
contra el ladron impudente.

Un herege, alma sin par,
la rienda traba al borrico,
y así se atreve á esclamar:
—¿Qué hace la santa, Perico,
que no te viene á salvar?

Al cielo su faz levanta
Perico, y en su garganta
seca, resonó esta frase:
—Si la santa declarase...
—Pues que declare la santa.

Y ya no pudo seguir
el fraile su santa homilia,
que empezó el tumulto á hervir,
y todo el pueblo á decir:
—Declare Santa Cecilia.

Cogen del áspera rienda
al afrentoso animal,
y antes que el juez lo defienda
arrastran al criminal
á la iglesia reverenda.

V.

El pobre ciego se agarra
á su podrida guitarra,

y canta, puesto de hinojos,
con voz que el dolor desgarra,
y lágrimas en los ojos:

Sublime protectora
de la familia
de cantores y músicos,
Santa Cecilia;
Desde tu trono glorioso,
habla por mí,
que en un cadalso afrentoso
muero por tí.

El populacho insensato
le escuchaba con desden,
que se convirtió en recato,
al ver que el otro zapato
la santa le dió tambien.

No faltando ¡voto á brios!
quien dijera en tono grave
por no confesar que hay Dios:
—Es que la santa no sabe
que son de plata los dos.

RITJA.

BALADA XVIII.

Como el águila del Líbano
se vuelve Ritja á su *kan*.
Sangrienta fué la pelea:
su dueño sangre chorrea...
Allá van,
allá van,
raudos como el huracan.

Suelta el árabe su cántico,
ronco y ahogado en dolor:
«—Corre, Ritja; corre, vuela,
»que el tigre está en centinela,
»y aun veo yo,
»aun veo yo
»las palmas de Jericó.»

En su garganta de ébano
sepúltase un yatagan.
Cayó el beduino bramando;
pára Ritja, y relinchando,
¡qué animal!
¡qué animal!
lame la herida fatal.

II.

Sobre la escueta *duna*
así habla el prisionero
con la luna:
—«Casta madre, ya que muero,

»que á Ritja vuelvan á ver
»mis hijos y mi mujer.
»Que los vientos
»de mi patria
»con sus crines
»jugueteen.
»Que repitan
»sus confines
»el relincho
»que ella dé.

«Queda sin mí viuda mi mujer:
»sin Ritja, ¿de mis hijos qué va á ser?
»¡Es un águila sin plumas
»el árabe sin corcel!»

—

En la cresta de la duna
dos negros ojos brillaron
á la luna;
hondos quejidos sonaron,

y un relincho que debió
escucharse en Jericó.
Y el herido
sin ventura
murmuraba
con dolor:
«Ritja mia,
»¿cuándo esclava
»he creido
»verte yo?

»Vida perder no siento y libertad,
»que perdiéndote á tí, pierdo yo más.
»¡Antes de morir, me falta
»de alma y vida la mitad!»

III.

Arrastrando va el herido
sobre la arena abrasada,
cual ave enferma á su nido,
que ver á su yegua amada
la vez postrera ha querido.

Vería por última vez
á la luna del desierto,
llorar su triste viudez,
su dueño cautivo y muerto,
su ya perdida altivez.

--

—«Ritja, Ritja, amada mia,
»asombro de Alejandría,
»sol de mis montañas verdes,
»¿no te dice mi agonía,
»¡ay! que te pierdo y me pierdes?

»Mi amor... y mis penas ya,
»que estas manos no te ensillen
»por nuestro mal, quiere Alá;
»que te ultrajen y te humillen
»los caballos de un pachá.

»En sus patios confundida,
»fama perderás y brios,
»ya que no pierdas la vida...
»¿dónde serás tan querida
»como te quieren los mios?

»No te darán las doncellas
»ya la leche de camellas
»con su mano torneada,
»ni mis hijuelos con ellas
»el puñado de cebada.

»Ya tu ancha cola de espumas
»el huracan del desierto
»no hinchará, como las plumas
»del águila que entre brumas
»se cierne sobre el Mar Muerto.

»Tus callos no arrancarán
»de las egipcias arenas
»chispas, como de un volcan.
»ni en las corrientes serenas
»te bañarás del Jordan

»Tú

»[illegible]

»En el *Djerid* la primavera,
»sin igual en la carrera,
»rauda al trote, blanda al giro,
»la yegua mas caballera
»que hay desde Salem á Tiro;

»¡Ritja, tú agena! ¡tú esclava!
»¡el huracan en cadenas!
»No, por Alá, Ritja brava.»
(Y con esto, á duras penas
rompió el árabe la traba.)

—«Vuelve el desierto á cruzar:
»vé al *kan*, y á mis hijos dí
»en tu lengua singular,
»que no me pude salvar,
»pero que te salvo á tí.»

IV.

Sin sentido
el herido
postrado en tierra cayó.
¡Pobre Ritja!

le miró...
le lamió...
De sus ojos
en lo oscuro,
¿quién el fuego comprende que brilló?

—

Cuando el alba
sonreia
por Salem,
por dó un dia
riyó el alba del mundo tambien,
la cristiana
caravana
parábase en el desierto,
de asombro muda y terror,
mientra el drágoman experto
así dice en su interior:

—«¿A dónde va aquel caballo?
»La tierra que apenas toca,
»retiembla bajo su callo.
»¡Y lleva un hombre en la boca!

»Nunca el desierto, corcel
»cruzó mas á la ligera.
»Ni la corza de Betel
»le aventaja en la carrera.

»Pacto tendrá con Alá
»el hombre que le posea.
»Ni se ha visto ni verá
»corcel mejor en Judea.»

V.

Allá van,
allá van
Ritja y el árabe al kan.

Tres infantes
ved allí:
parecen tiernos pámpanos
de las viñas de Engaddi.

Abrazan al herido
que en tierra pone Ritja sin sentido.

El olmo y la yedra se abrazan así.

También sobre el arenal
cae la yegua leal:
¡ay Ritja! ¡pobre de tí!

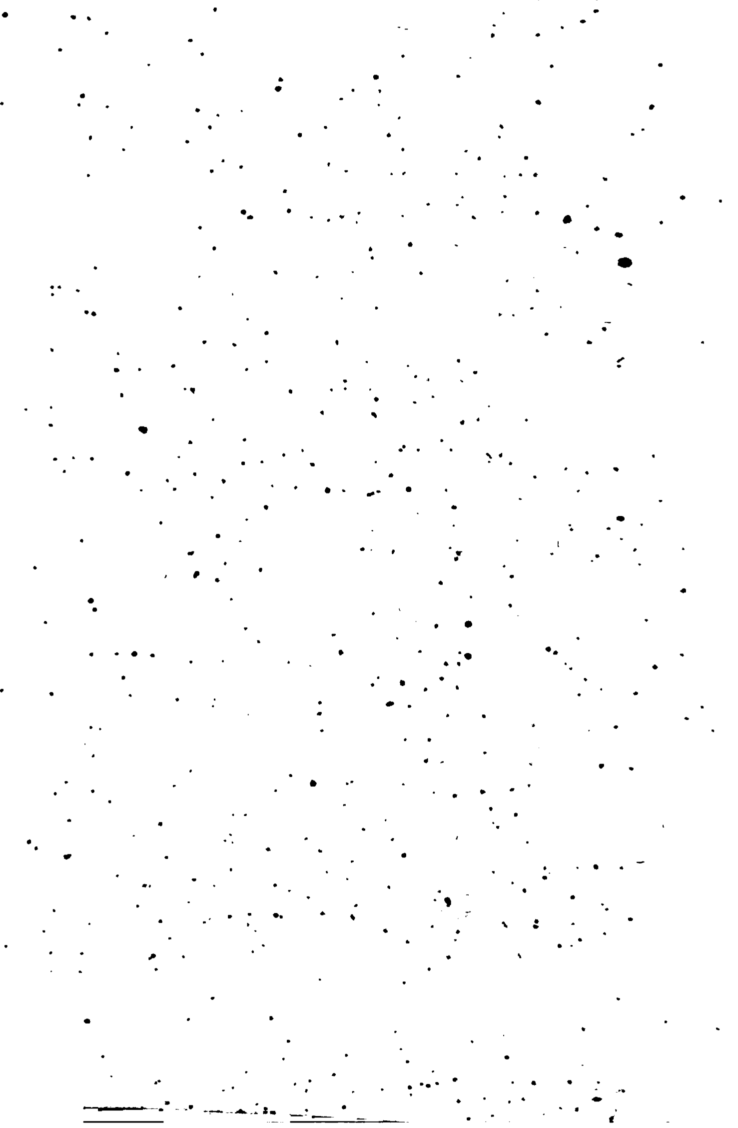
—

Toda la tribu llora;
el árabe está loco;
¡Ritja murió!
Con leche de camellas
brindáronle doncellas:
no la bebió.
Su mano halagadora
tendióle sin demora
el árabe... tampoco....
la lamió,
¡y murió!

—

La lira del poeta
cantó la noble hazaña
de Ritja fiel.

«Alá en su Eden preciado
»la recibió á su lado:
»vive con él.»
Cuando en la duna escueta
al *beduino* inquieta
el turco, á Ritja invóca:
«¡No hay corcel
como aquel!»



HISTORIA UNIVERSAL.

BALADA XIX.

La niña, que hurtando
el cuerpo á su madre
al monte se escapa
y vuelve muy tarde,
sus manos de leche
trae llenas de sangre.
—¡Niña! ¡niña! ¡niña!
(le dice su madre):
¿Por qué traes las manos
de color de sangre?
—¡Ay de mí! (responde
la niña), ¡Dios sabe

que al coger las rosas
de nuestros rosales
traidoras espinas
hiciéronme sangre!

—

La niña escapada,
que vuelve muy tarde
de andar por los campos
con un tierno amante,
los labios trae rojos,
brotándole sangre.
—¡Niña! ¡niña! ¡niña!
(le dice su madre):
¿Por qué traes los labios
de color de sangre?
—¡Ay de mí! (responde
la niña); ¡Dios sabe
que comiendo moras
allá en los zarzales,
teñime los labios
de color de sangre!

—

La niña bonita
hoy vuelve mas tarde,
sin sangre los labios,
las manos sin sangre,
que más bien parece
viviente cadáver.
—¡Niña! ¡niña! ¡niña!
(le dice su madre):
¿Por qué está tan pálido
tu hermoso semblante?
—¡Ay madre! (responde
la infeliz), ¡ay madre!
Si mis manos viste
de color de sangre,
fué porque en las suyas
las cogió mi amante;
si viste mis labios
de purpúreo esmalte,
fué porque á los suyos
los juntó mi amante;
y hoy ves en mi rostro
color de cadáver,
¡porque me ha engañado,
mi pérfido amante!

LA JUDÍA CASTELLANA.

BALADA XX.

Andà, y anda, y anda, y anda,
porque el Señor se lo manda,
en pos del cristiano amante,
que su amorosa demanda
oye con fiero semblante.

ELLA.

—Me llaman los judíos
flor entre abrojos,
y los pechos mas frios
queman mis ojos.

Mas yo te adoro,—buen castellano,
dáme tu mano,—toma mi fé.
¡Piedad imploro!—no mas rigores,
y al Dios que adores—adoraré.

EL CRISTIANO.

—Llevas en el vestido
señal bermeja (1),
que al fruto prohibido
tu amor semeja.

---

(1) Por consejo de San Vicente Ferrer, segun parece, se obligó á los judíos de Castilla á traer en sus vestidos sobre el hombro derecho un remiendo de paño colorado para distinguirse entre los cristianos. Cuando no lo llevâran, cualquiera estaba autorizado á apoderarse de sus vestiduras ó rasgárselas. Esta imprudente medida fué parte en que se cometieran muchos crímenes y asesinatos; pues sabido es que la plebe solia amotinarse, asaltar las sinagogas y juderías, y esterminar á los sectarios de la ley Mosáica.

Importa, sin embargo, advertir, que la vida del Santo valenciano no autoriza esta version, si bien refiere otros rasgos muy semejantes de su celo contra los judíos.—«Tenian en Toledo (dice) una memorable sinagoga, tan antigua, que su fábrica avia sido anterior á la reedificacion del templo

Yo soy cristiano—tú eres judía:
tu raza impía—maldita está.
¡Darte mi mano!—de tus amores
cogí las flores...—pésame ya..

—

Y anda, y anda, y anda, y anda,
porque el Señor se lo manda,

de Salomon por Zorobabel. Este célebre templo, por induccion de San Vicente, se les quitó por estos dias (1411) á los judíos, que se resistieron á la luz de su predicacion. Y fué assí, que viendo el varon apostólico su contumacia y rebeldía, subió un dia al púlpito y dixo:—*¿Es possible que en Toledo, donde corporalmente baxó María Santissima, y honró á su capellan San Ildefonso, se tolere que los judios tengan templo público para sus supersticiones, con que contaminan la tierra? Vamos, y quitémosles esse templo, que tan perjudicialmente posseen.*—Baxó luego del púlpito, sin dexar de la mano el crucifixo, que de costumbre tenia predicando, y siguiéndole el concurso echáron de aquél templo los judíos, y purificado se dedicó á Nuestra Señora con el título de *Santa María la Blanca*. (*Historia de la portentosa vida y milagros del valenciano apóstol San Vicente Ferrer*, por el M. R. P. Fray Francisco Vidal y Micó.)

muerto el color del semblante,
y desde el lecho demanda
así al desdeñoso amante.

ELLA.

—Morir envilecida
por él me veo...
doy á un hijo la vida
que muerte creo.
Brisa galana—de mi lamento
lleva el acento—pronto á mi amor.
Venga al Alcana (1)—la vez postrera,
para que muera—yo sin dolor.

EL CRISTIANO.

—¡Ir yo á la Judería
dó escomulgada
tiene tu raza impía
su vil morada!

(1) *La Alcana*, era la menor de las juderías de Toledo.

Baño cristiano,—cristiano techo,
cristiano lecho—no ha de aduoar
al castellano—y á la judía (1);
si él la amó un dia—fué torpe amar.

—

Y anda, y anda, y anda, y anda,
porque el Señor se lo manda,
y llora su niño hambriento,
y compasion y alimento
así la infeliz demanda:

ELLA.

—¡Ay! que en mi pecho apenas
encuentras vida;
bebes, hijo, en mis venas
sangre podrida.

(1) Todo esto estaba por la ley prohibido á los cristianos. «Otrosí... ni darles melecinas, ni xaropes, ni se bañen en baño en uno con los dichos judíos y moros.» *Las Partidas*—LVIII.—Tít. 24.

Mas no, la toledana—flor de este suelo
tendrá consuelo—para los dos.
Querida hermana—tu pecho, fio
que al hijo mio—salve por Dios.

LA TOLEDANA.

—¡De mis pechos el jugo
pídesme artera!
al hijo del verdugo
mejor lo diera.
Mi ley lo dice:—«cristiana pura
»á tal criatura—no haga tal bien (1).»
¿Cómo, infelice,—que Dios maldijo,
al mundo un hijo—lanzas tambien?

—

(1) «Defendemos, que ninguna cristiana sea osada de criar, ni crie, hijo, ni hija de judío, ni de moro. E qualquier que lo ficiere, peche seyscientos maravedís.» Ley de D. Juan I. (*Ordenanzas Reales de Castilla.*)

Y anda, y anda, sin consuelo
como arista por el suelo ,
muerto el hijo y el amor ,
olvidada ya del cielo,
que así olvida su dolor.

ELLA.

—¡Maldito y solitario
mi pueblo gime :
la sangre del Calvario
no le redime!...
De tí reniego—Castilla mia;
pátria en Turquía—nos dá Selim (1)...
. . . .
Mas oye luego—voz que le manda
andar... y anda...—y anda sin fin.

---

(1) El emperador de Constantinopla ofreció amparo á los judíos cuando los espulsaron de España los Reyes Católicos.

A D. DIEGO DE LUQUE.

EL CIPRES DEL BUEN RETIRO.

BALADA XXI.

Niñas, mis niñas galanas,
que por tardes y mañanas
pasear gozoso os miro
con vuestras madres ancianas
por los bosques del Retiro;

Torced á la izquierda mano,
y cuando encontreis despues
un cipres triste y lozano,
os contaré en verso llano
la historia de ese cipres.—

Ese cipres macilento
al columpiarse en el viento
dice en lánguido suspiro:
—«Yo soy un remordimiento
»del palacio del Retiro.»

»Mis hojas lágrimas son
»con que *Isabel de Borbon*
»lloró contrita y cristiana
»su malograda pasion
»al *conde Villamediana*.

»De sangre y llanto nací,
»sobre una tumba broté,
»entre suspiros crecí,
»y aun dos almas aquí
»vienen á llorar su fé.

»En vano me azota el viento,
»y un siglo y otro pasó,
»y tempestades sin cuento...
—»¡ Niñas ! el remordimiento
»es eterno como yo.»

EL FUEGO FÁTUO.

BALADA XXII.

Sobre la enhiesta loma, entre el tapiz de flores,
cuando su carro Febo sepulta en el nadir,
me place mi tesoro de luz y de fulgores
vertiendo entre los pliegues de las tinieblas ir.

El amador mancebo que la señal espera
para volar al seno de su querida fiel,
por mí tuerce engañado su rumbo y su carrera,
y me maldicen ambos, la enamorada y él.

Si en el desierto rugen los fieros huracanes,
y el caminante pierde rumbo, esperanza y luz,
la mia le conduce á simas y volcanes,
y dó buscaba asilo, encuentra el ataud.

Tambien sobre las ondas á su feroz arrullo
el náufrago me mira agonizante ya:
apenas de alegría su voz alza un murmullo;
y náda, y náda, y siempre estoy yo mas allá.

Volando en los espacios como la mente loca
mi luz es el deseo que mata sin sentir,
el vaso de ambrosía que nunca el labio toca,
el postrimer fantasma que vemos al morir.

Imágen soy del mundo: mi resplandor atrae
al náufrago, al viajero, al rondador doncel;
cercado estoy de abismos: si alguno en ellos cae,
imágen soy del mundo... ¡rogad á Dios por él!

A D. EDUARDO GASSET.

LA CACERÍA FEUDAL.

BALADA XXIII.

Media luna las armas de su frente.
GÓNGORA.

Ya sale la comitiva:
¡ viva !
de D. Guillen que va á caza:
¡ plaza !
Y villanos y monteros,
pajes y palafreneros
con su señor tambien van;
sin que falte
gerifalte,
ni el beato
fray Torcuato,
capellan.

EL SEÑOR.

«Padre, empecemos con modo.
»Todo
»se debe á Dios: ¿no rezamos?

FRAY TORCUATO.

»Vamos.
»—Señor, de los mundos eje,
»rey de los bosques, protege
»la caza de D. Guillen;
»caballero
»limosnero,
»que tu ayuda,
»¿quién lo duda?
»paga bien.—»

—

«Él tiene en nuestra capilla
»silla;
»á tus monges dá decoro,
»y oro.
»Cuando mueran sus vasallos

»ricas mandas obligallos
»á que te dejen sabrá.
»Nieto y todo
»de un rey godo,
»es honrado,
»buen casado...

—

EL SEÑOR.

»¡Basta ya!»

Y parte la comitiva:
¡viva!
ya dá principio la caza;
¡plaza!
Los villanos y los perros
inundan montes y cerros;—
mientras con trémula voz,
la galana
castellana
desde el puente
dulcemente
grita:—¡Adios!—

—

Y D. Guillen lleva el pecho
hecho
añicos por volver pronto.....
¡tonto!
Y á gritos por la maleza
desahoga su tristeza
el pobre marido así:
«—¡Sus, villanos!
»¡sus, alanos!
»presta, presta
»mi ballesta,
»¡dadme aquí!

—

«Fray Torcuato, el *benedicite*,
dicite:
»que hay caza, y *non sum* modrego
ego.
»¡Mal haya tanta sotana
»como en tierra castellana
»por todas partes se vé!
»A ese fardo
»el tabardo,

»al bonete
»el almete,
»trocaré.

—

«¡Mi capellan tan devoto...
»¡voto!...
»¡mi capellan ese sayo...
»¡rayo!...
»Ea: seguidme al escape:
»¡pobre del ciervo que atrape!
»no le alcanza ni la uncion.
»Yo me entiendo,
»reverendo.
»Es locura
»que la cura
»un sermon.»

—

Villanos y caballeros
fieros,
al compás que la trabilla
chilla,

inundan el campo verde
donde la vista se pierde....
¡qué barahunda! ¡qué afan!
Fieras rugen,
armas crugen;
y corceles
y lebreles,
juntos van.

—

Las herradas armaduras
duras
brillan como fátuo fuego
luego;
y la serpiente se estira,
y se enrosca, y se retira,
y desparece tambien.
Solo el eco
en son hueco
trae el grito
del bendito
don Guillen.

—

»Tras los ciervos, como gamos
»vamos;
»que no quede, por San Bruno,
»uno.
»Mis arqueros, ¡preparaos!
»compañeros, ¡alegraos!
»esta noche gran festin.
»Ciervo asado,
»¡buen bocado!
»y bebida
»sin medida,
»y sin fin.»

Un ciervo como una torre
corre
desde la llanura al cerro...
«—¡Perro!...
»¡Sus! la mitad de mi estado
»al que mate ese venado.
»¡Sus! sigámosle en tropel.
»Dos caballos,
»mil vasallos,

»seis doncellas
»las mas bellas,
»doy por él.

—

»Sus cuernos para trofeo
»deseo,
»aunque mi señora Nuña
»me gruña.
»¡ Sus !»
Y al escape volando
van, y don Guillen gritando,
en pos del ciervo infeliz,
por llanuras,
espesuras,
arboledas,
y veredas
de perdiz.

—

Dá el señor tan inauditos
gritos,
que se le creyera á poco
loco.

Sangre chorrea la espuela;
el corcel no corre, vuela;
ladrando los perros van;
y el venado
fatigado
salta y gime
con sublime
vano afan.

—

¡Ay! que nadie te socorre:
¡corre!
Quiere en sus brazos la muerte
verte.
¿Te ahoga cálido viento?
Es el diabólico aliento
del perro y de su señor.
Ciervo mio,
pasa el rio;
náda, avanza,
que te alcanza
el cazador.

—

No, por Dios, de entre las algas
salgas,
que te aguarda la ballesta
presta.
¡Ay! rey de la verde zona,
has perdido tu corona,
tus piés de rayo tambien.
A la orilla
la trahilla
te destroza...
¡cuánto goza
don Guillen!

—

Ya vuelve la comitiva:
¡viva!
ya el señor torna de caza:
¡plaza!
Y villanos y monteros,
pajes y palafreneros
haciéndole plaza van;
y espirante
jadeante,

el beato
fray Torcuato,
el capellan.

—

¡Gran presa es el ciervo muerto!
cierto.
Seis lustros su cornamenta
cuenta.
—Entre hachones resplandece
doña Nuña, que aparece
á la ventana ojival,
y admirada
la taimada
con ambaje
dice á un paje
—«¡qué animal!»

—

Esta noche les dás buena
cena;
te ahogarán en el divino
vino;

pero al fin, pobre venado,
doña Nuña te ha vengado...
¡ justo castigo de Dios !
El rastrillo
del castillo,
¡ linda caza !
de tu raza
pasais... dos...

MAGDALENA.

BALADA XXIV.

Estas y otras más lastimeras palabras se hablarian aquellos piadosos corazones, y de esta manera se anduvo aquel trabajoso camino...

S. PEDRO DE ALCÁNTARA.—(*Tratado de la Oracion y Meditacion.*)

Lavaba Magdalena
su vaso en la serena
fuente que alegra al triste peregrino,
cuando pasa Jesus por el camino.
—Guste mi labio ardiente
agua en tu vaso de la fresca fuente.
—Es indigno mi vaso de tu boca,
profeta soberano:
beberás en la palma de mi mano.

—Tu mano mancha todo lo que toca.
—¡Ay triste mano mia!
—Si fueras vírgen, yo la beberia.
—Te engañas, peregrino, soy mas pura...
—Mientes.
—Yo te lo juro.
—Tu labio miente, si tu labio jura,
que ni un solo cabello tienes puro.
¡No jures, desdichada!
¡no jures, pecadora!
tu alma está abrasada
en el fuego infernal que la devora.
—Pero ¿quién eres tú, que así el secreto
del corazon arrancas? ya no lucha
mi pequeñez contigo:
te adoro y te respeto;
pero ¿quién eres? dí.
—Calla, y escucha.
Tres hijos ¡tres! de la vergüenza, diste
al mundo...
—¡Torpe mundo!
—Tú mas torpe. El primero
de...
—¿De quién?

—De tu padre lo tuviste;
de tu hermano, el segundo...
—No prosigas ¡ay triste!
—De un siervo del Señor es el tercero...
—¡Maldito seno por mi mal fecundo!
—¡Maldita la mujer que no resiste
las tentaciones del placer inmundo!
—Pero ¿quién eres, hijo de María,
que así conoces la existencia mia?
La altiva Magdalena,
vaso de corrupcion, flor ponzoñosa,
de lágrimas y amor ya es fuente llena,
que á tu mirada y á tu voz rebosa.
Más que profeta, más que soberano,
mírame aquí de hinojos,
temblar bajo tu mano,
herida por el rayo de tus ojos.
Yo soy mísera oveja
escapada al redil, que por la loma
vaga huyendo al pastor, no en raudo vuelo
cual cándida paloma
que su amorosa queja
al mundo oculta y comunica al cielo;
sino arrastrando impura.

entre viles y torpes alimañas
de mi làna la càndida madeja,
que ya cubren abrojos y espadañas.
Y tú ¿ quién eres, dí?

—Soy el cordero,
que bala á las ovèjas campesinas.
—Llévame á mi redil.

—Llevarte quiero,
y sentir en mi frente tus espinas.
Sígueme, el pié desnudo,
por montes, y collados y laderas,
sin que te arredre el huracan sañudo,
sin que te espanten al rugir las fieras;
que así van al redil tus compañeras.
—Mas tengo taladrado
el corazon: seguirte ya no puedo.
Señor, tanto he pecado,
que solo de mirarte me dá miedo.
¿Nò te avergonzará mi compañía?
el peso de mi culpa me anonada.
—Sígueme con tu cruz, sigue, hija mia,
ó ponla sobre mí si estas cansada.
—La tuya es más pesada,
y te rinde y fatiga: sudorosa

tu frente está: consiente
que beba esos sudores de agonía
tu esclava cariñosa.
¿Está el redil muy lejos todavía?
—Sígueme con tu cruz, mansa y paciente,
que yo soy tu pastor y tu cordero.
¿No ves ya tus espinas en mi frente?
¿no es tu cruz y mi cruz este madero?

EL ALMA EN VELA.

BALADA XXV.

Cuando tiende la noche
su manto negro,
enmudecen las tumbas
del cementerio;
porque los vivos,
que despiertos olvidan,
¿qué harán dormidos?

Pero la tumba blanca
del tierno infante,
resuena cual capullo
que se entreabre;
porque ni en sueños
una madre se olvida
de su hijo muerto.

—

Entre sueños se abrazan,
y se sonrien,
y él, desde su sepulcro,
—«Calla,»—le dice;
«No sueñes, madre,
»no sueñes más conmigo,
»que soy un ángel.

—

»Cuando tu mente vela,
»madre querida,
»mi pobre alma no puede
»dormir tranquila;

»que cada lágrima,
»cada suspiro tuyo
»me llega al alma.

—

»Y en esta blanca tumba
»donde reposo,
»me conmueve y me pone
»lleno de gozo,
»como una gota
»de rocío conmueve
»la blanca rosa.»

—

Y su madre dormida
responde: —«Calla,
»no me impidas que sueñe,
»prenda del alma,
»ni que te llore,
»como llora el rocío
»sobre las flores.

—

»Como en mis tiernos brazos,
»madre amorosa
»te arrullé en otro tiempo,
»te arrullo ahora.
»Hijos y madres
»no hay sepulcro ni hay muerte
»que los separe.»

DOS SANTOS Y UN REY.

BALADA XXVI.

¡Hurra! allí están.—Los turbantes,
y las corvas cimitarras,
semejan mares sangrientos
con sus espumas de rabia.
—Rey Alfonso, rey Alfonso,
¡y les vuelves las espaldas!
¡La media luna
ya te acobarda!

¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
si te vencen los moros en las *Navas*.

—

El rey grita:—«Caballeros,
»ó á traves de la montaña
»les caemos de improviso,
»ó es la lucha temeraria.
»¡Y en la montaña no hay vía,
»que ni pájaros la pasan!
»¡Maldita Sierra
»Morena ingrata!
»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
»si me vencen los moros en las *Navas*.»

—

Con un rio se han topado...
¡Hurra! adelante, y al agua;
mas los caballos vacilan,
que es la corriente muy brava.
A pasar probó un ginete
y tumba halló entre las algas.

¡Dia terrible!
¡cuánta desgracia!
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
si nos vencen los moros en las *Navas*.

EL REY.

«Pastorcica, pastorcica,
»la que tus pañales lavas,
»la del angélico rostro,
»la de la sonrisa casta,
»yo soy el rey de Castilla,
»que quiero entrar en batalla,
»pero este rio
»mi paso ataja.
»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
»si me vencen los moros en las *Navas*.»

LA PASTORA.

«Señor rey, yo á mi marido,
»que allá arriba en la montaña
»apacenta sus ganados,
»voy con la bendita gracia
»á llevarle el alimento
»todos los dias sin falta.»

EL REY.

«¿Pasas el rio?
»¿cómo lo pasas?
»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
»si me vencen los moros en las *Navas.*»

—

Ligera la pastorcica,
como los soplos del aura,
el cendal de su cabeza
estiende sobre las aguas.
Atónito el rey la mira
cómo boga, cómo náda;
y grita, lleno
de confianza:
—«¡Viva mi España! ¡viva mi España!
que venceré á los moros en las *Navas.*»

—

Los caballos de las bridas
sueltos, en tropel se lanzán;
los ginetes uno á uno
sobre el pañizuelo pasan.
Y oraron en la otra orilla,
y el rey vertió dulces lágrimas,
viendo la mano
de Dios tan clara.
—«¡Viva mi España! ¡viva mi España!
»que venceré á los moros en las *Navas*.»

EL REY.

—«¡Sus! ¡á la lid!
Los trotones
en los peñascos resbalan,
que van cargados de acero
y es pedernal la montaña.
En vano los acicates
se ensangrientan, se desgarran....
Todo es despecho;
todos desmayan.
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
que nos vencen los moros en las *Navas*.

—

Como el lucero del dia
entre el celaje del alba,
un labrador aparece
sobre la cumbre mas alta.
Mansas ovejas besándole
las manos, en torno balan,
y el rey al cielo
mira al mirarlas.
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
que nos vencen los moros en las *Navas*.

EL REY.

«¡Ah, guardador del rebaño!
»¡ah, pastorcillo del alma!
»yo te ruego que me digas:
»¿cómo cruzas la montaña?
»Cuenta, pastorcillo, cuenta
»que espera el moro á la falda,
»y busca al moro
»gente cristiana.
»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
»si nos vencen los moros en las *Navas*.»

—

«Fia de Dios, rey Alfonso,»
(los ecos del monte claman)
y de ser reconocido
el rey Alfonso se pasma.
Mira al pastor á su lado,
que ancha senda le señala,
y á Dios invoca
y á ella se lanza.
«¡Viva mi España! ¡viva mi España!
que venceré á los moros en las *Navas*.»

EL REY.

Guia, pastor.

EL PASTOR.

Dios le guia.

EL REY.

Que es áspera la montaña.

EL PASTOR.

Así es la senda del cielo.

EL REY.

Sepa yo cómo te llamas.

EL PASTOR.

Isidro.

EL REY.

Dios te lo pague,
Isidro.

EL PASTOR.

Dios siempre paga.

EL REY.

¡Sus, caballeros!
¡á la batalla!
¡Viva mi España! ¡viva mi España!
¡á vencer á los moros en las *Navas*!

A ELLA (1).

EL REMO ROTO.

BALADA XXVII.

I.

De blanco vestida,
de flores ceñida
la sien virginal,

(1) A tu boca de perlas, alma mia,
debe su salvacion esta poesía,
que estaba destinada
á ser de mi librillo desterrada.
Pero hácia mí volviste
los dulces ojos de ternura llenos,
y sus rudas estrofas repetiste...
¿Puedo yo darte ménos,
si tú á mis versos música les diste?

va al templo Rosana,
la linda aldeana:
su madre detras.

La tierna cordera
su ofrenda primera
le lleva al Señor.
El pan rubicundo,
el huevo fecundo,
su fiel corazon.

Ofrenda sublime,
que culpas redime,
si en ella las hay.
Por tierna y por pía
Dios mismo la envía
un beso de paz.

Simon, el barquero,
arrímase artero
dó pasan las dos.
«—¿Por qué no oyes misa?»
con dulce sonrisa
la niña esclamó.

«Dios todo lo abarca,
»y á salvo tu barca
»al puerto traerá.
»En él pon la idea,
»que viento y marea
»propicios harás.»

Miróla el barquero
rendido y artero,
doblada la sien.
Sonó la campana,
y niña y anciana
entraron sin él.

II.

Bramó la tormenta
con furia violenta:
silbó el huracan.
El ola bravía
rugiendo queria
tragarse el altar.

Del templo la cúpula
relámpago lívido
ceñia en redor.
Las cándidas jóvenes,
los justos decrépitos
invocan á Dios.

Simon solamente,
serena la frente,
risueña la faz,
De gozo está henchido
á cada bramido
de la tempestad.

Penetra al sagrado
con pié apresurado:
Rosana está allí.
¡Profano! ¡maldito!
le arrastra el delito.
¡Rosana infeliz!

Del cierzo las ráfagas
confunden y llévanse
un beso y un ¡ay!.

La lámpara trémula
de luz melancólica
se apaga á la par.

III.

Entre espuma
deslumbrante
baja y sube
vacilante.
¿Es la pluma
de ave osada,
por el rayo
derribada?
¿es la nube
disipada
por el viento?
En el cárdeno
elemento
honda estela
señalada,
vá dejando.

—Vuela, vuela,
vil barquilla,
mientras corre
por la orilla,
la cuitada
viejecilla
separada
de su amor.
Parte, parte,
que á los cielos
sus consuelos
pide airada,
y á matarte
vá su furia
desatada.
Parte, parte,
novio artero,
vil barquero,
vil Simon.
Como el lobo
con la oveja,
con tu robo
deja, deja,
estas tristes riberas, ladron.

¿No la escuchas
invocando
los castigos
del Eterno
para tí?
¡y sonries
blasfemando,
con sonrisa
del infierno,
que trae veloz el huracan aquí!

Cuando tienes
á tus plantas
el averno,
¿no te espantas?
Los vaivenes
que te empujan,
y te elevan,
y te estrujan,
y te llevan
como en alas
infernales
á placer,
¿no te gritan:

—«Nada vales;
»no me igualas;
»tus blasfemias
»no me irritan;
»de tu empeño
»yo me rio;
»soy el dueño;
»eres mio.
»Ven, esclavo,
»que por oro,
»ni por plata
»se rescata;
»ven, acata
»mi poder.
»Soy concento
»misterioso
»de un acento
»poderoso:
»si desatan mis iras el viento,
»ese abismo te puede sorber.»

SIMON (*en alta mar*).

¡Que brame la tempestad
y se estrelle en mi cabeza!

Al mar vence mi destreza,
y al cielo mi voluntad.
  Del mundo y del cielo aquí
es toda memoria vana:
tengo en mi barco á Rosana,
mundo y cielo para mí.
  Ante el altar del Señor
desmayada te miré,
¡amor mio! y te robé
para el altar de mi amor.

LA VOZ DE LA TORMENTA.

  Simon, boga, boga,
que el mejor marinero se ahoga.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

  ¿Altar tu amor? más ínclitos altares
al ímpetu cayeron de los mares.

LA ANCIANA (*de rodillas en la playa*).

  ¡Permita Dios que te veas,
marinero desleal,
á la puerta de los cielos
y no te dejen entrar!

LA CAMPANA DE LA ALDEA.

Vecinos, ¡acudid!
¡perseguid
al ladron....!
dilin, dilon.

SIMON.

A rebato la campana
toca, toca:
viejecilla casquivana,
pobre loca,
no te canses de tocar:
¿me robarás á Rosana
cuando me protege el mar?

LA ANCIANA.

El dia que te parí,
bien te lo decia yo.
¡Qué desdichada has de ser,
hija de mi corazon!

SIMON.

Boguemos, boguemos,
que vuelen los remos.

LA VOZ DEL MAR.

Simon, boga, boga,
que el mejor marinero se ahoga.

SIMON.

Ya la tierra no se vé;
entre Rosana y mi amor
ya el obstáculo quité....
Para adorarla mejor
despacio la miraré.

El rostro descolorido...
el corazon apagado
bajo mi mano ha latido...
ave, el nido te he robado,
pero te daré otro nido.

Un nido sobre la espuma
del mar, mecido en sus brazos,
ligero como una pluma,
atado con dulces lazos
á las alas de la bruma.

Un nido lleno de amor,
de los cielos suspendido
para delicia mayor,
con que verás al Señor
al reclinarte en tu nido.

¡Y qué lindas barcarolas
oirte cantar espero
al arrullo de las olas,
mientras tu fiel marinero
las va repitiendo á solas!

Aquí solo envidiaré
al rubio sol que te vé,
al aire que te acaricia,
y al mar que lame tu pié
con amorosa delicia.

Boguemos, boguemos,
que vuelen los remos.

LA VOZ DE LA PLAYA.

¡Ay del que se duerme en brazos del mar!
¡ay del que despierta en la eternidad!

SIMON.

Respira al fin, corazon,
que tu triste condicion
se va á mudar desde ahora;
ayer de Simon señora,
hoy esclava de Simon.

Serán cadenas de flores
Rosana, dulce embeleso,
tu libertad nunca llores,
que yo tambien vivo preso
en la red de tus amores.

EL ÚLTIMO ECO DE LA PLAYA.

¡Maldito! ¡maldito!

SIMON.

Me asusta ese grito.

LA CAMPAÑA.

Vecinos, acudid,
perseguid
al ladron....
dilin, dilon.

LA ÚLTIMA VOZ DEL MAR.

Simon, boga... boga...
que el mejor marinero se ahoga.

SIMON.

Boguemos, boguemos,
que vuelen...—¡ Maldicion !...
Crugen los remos ;
brama iracundo el noto,
montes alzando de rizada espuma,
y entre la densa bruma
un remo yace sobre el agua roto.

El pobre marinero,
rendida el alma á la mortal congoja,
del otro remo entero
con el ayuda á navegar se arroja.

Y rema, y rema, y gira
en fiero remolino,
como la pobre mente que delira
razon perdida y tino;
como del plomo artero
águila herida los espacios hiènde,
y ora el vuelo rastrero,
ora hasta el sólio del Señor lo tiende.
Nube espiral del humo de la vida
al cierzo destructor desvanecida.

En círculos de plata
el barco aprisionado,
si á veces los desata
torna á girar con golpe redoblado.
Y el remo roto que en el agua flota
parece que murmura:
—«Soy la cadena rota
»de tu crímen, Simon, y tu ventura.»

SIMON (*ahogándose*).

¡Ay! ¡maldicion!

—

LA CAMPANA (*á lo lejos.*)

Dilin, dilon.

Ondas, espumas, vientos,
contra el pobre galan se conjuraron,
y cual tigres hambrientos
su barca y sus amores devoraron.
Diz que del remolino
rauda brillante estrella
surgió, calmando el ímpetu del noto,
y desde el *remo roto*
al cielo por incógnito camino,
con el alma voló de la doncella.

LOS BAÑOS DE LA PADILLA.

BALADA XXVIII.

A los moriscos jardines,
que don Pedro de Castilla
sembró en rosas y jazmines,
bajaba al anochecer
doña María Padilla,
régia Venus del placer.

Fué aquel tigre carnicero,
que en sangre empapó sus huellas,
sólo en el amar sincero;
y ella á fé lo merecia,
que era bella entre las bellas,
la bella doña María.

Templo en el jardin umbroso
alzaron los dos amantes
al placer voluptuoso:
arabesco gineceo,
donde licores fragantes
entibiaban su deseo.

Hoy á la puesta del sol,
cuando el celeste confin
se colora de arrebol,
dos esqueletos estraños
fugitivos del jardin
se refugian en los baños.

Y zumban por las arcadas
húmedas, tristes y frias,
histéricas carcajadas,
lúgubres y helados besos,
caricias de amor sombrías
como el crugir de los huesos.

Al ronco son de las gotas
del cristalino raudal
que salta entre piedras rotas

del arabesco cimiento,
aquel amor sepulcral
parece un remordimiento.

Con su mano cadavérica
revolviendo el musgo frio,
y en voz gutural, histérica,
murmura una sombra así:
—«aquí en tus brazos, bien mio,
»¡cuántos sueños yo dormí!»

En la pared carcomida
una celda mal tapiada
y del tiempo denegrida,
hace á otra sombra esclamar:
—«aquí la reina encerrada
»nos vió mil veces bañar.»

Y nuevas risas sonaron
destempladas, estridentes,
y de la celda apartaron
ambas su faz mustia y seca,
chocando de horror sus dientes
que el eco espantoso ahueca.

—«¿Acuérdaste, prenda mia,»
(murmura la mas osada)
»de lo que nos dijo un dia?»
—«¡Yo no lo olvido jamas!»
(Y estremecieron la arcada
dos suspiros á compas;

Y murmuraron las dos
con acento sobrehumano):
—«Don Pedro, permita Dios
»que el cielo te lo demande,
»y que te mate tu hermano
»que es la desdicha mas grande.

»Tú á la reina de Castilla
»haces, infame, testigo
»del baño de la Padilla...
»¡ojalá en sangre te bañes,
»y para mayor castigo
»al infierno la acompañes!»

Un silencio sepulcral
reina en el triste recinto,
y el cristalino raudal

que corre por las arcadas
en sangre parece tinto
á las sombras aterradas.

Al fin la más valerosa
poniendo al silencio dique,
dijo con voz dolorosa:
—«¡Ay! me salpicó la frente
»la sangre de don Fadrique
»cuando le mató Juan Diente.

»Y en sangre para mi daño
»desde el augurio cruel
»á todas horas me baño;
»y bajo el puñal impío
»en la noche de Montiel
»caí... de un hermano mio.»

—«Juntas tambien nuestras dos
»almas, se vieron un dia
»en la presencia de Dios....»
—«Amarte fué mi delito....
»¡Maldita seas, María!»
—»¡Maldito, Pedro, maldito!»

Y tornan las carcajadas
á retumbar sordas, lentas,
por las moriscas arcadas;
y en el vecino jardin
avecillas soñolientas
cantan un himno sin fin.

De verlos desparecer
á punto la aurora brilla;
hasta que otro anochecer
los traiga desde el infierno
al baño de la Padilla,
que es su purgatorio eterno.

EL ANGEL MUDO.

BALADA XXIX.

La niña dobla la frente
sobre el seno de su madre,
como flor que sobre el tallo
se seca al morir la tarde.
Un ángel baja del cielo,
y dice la anciana al ángel:
—«¿Por qué te llevas el alma
»de esta pobre madre?»

El ángel no respondia,
y volando, volando seguia.

Atraviesan las moradas
de las águilas reales,
les dan las nubes corona,
les dan música los aires.
Gozosa la niña vuela
olvidada de su madre,
y á cada vuelo pregunta:
—«¿Dónde vamos, ángel?»

El ángel no respondia,
y volando, volando seguia.

—

Bullir ven bajo sus plantas
las mas hermosas ciudades,
con sus carrozas de oro,
con sus palacios de jaspe.
La niña al verlas sonrie,
y vuelve á decir al ángel:
—«¿Por qué á gozar en el mundo
»no quieres llevarme?»

El ángel no respondia,
y subiendo, subiendo seguia.

—

Cerca de la pobre aldea,
gota perdida en los mares,
en humilde cementerio
crece una flor triste y frágil.
El ángel baja á cogerla,
y dice la niña al ángel:
—«¿Por una flor á la aldea
»es justo que bajes?»

El ángel no respondia,
y bajando, bajando seguia.

—

El alma de otra doncella
muerta en brazos de su madre
era la flor misteriosa
que quiso coger el ángel.
Abrazadas las dos almas
siguen hendiendo los aires;
y ambas al ángel preguntan:
—«¿Dónde vamos, ángel?»

El ángel no respondia,
y á los cielos subiendo seguia.

A LA BUENA MEMORIA

DE D. AGUSTIN BONAT,

(*Q. E. P. D.*)

LAS SIETE CANCIONES

DEL MES DE MAYO.

BALADA XXX.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
tras de tus huellas
el corazon arrastras
de las doncellas.

Y teñida de púrpura
la casta frente,
tañendo el dulce crótalo
de ritmo ardiente,
con voz pulida
te cantan en el prado
la bien venida.

I.

CANCION DE LAS DONCELLAS.

¡Ya llega! ¡ya llega! lo anuncia la brisa,
lo anuncia al Oriente
la nube ayer negra, mas hoy sonrosada;
la brisa es tan solo su dulce sonrisa;
la nube es sus ojos de ardiente mirada,
que el alma presiente,
que bebe estasiada.
Vendrán las mañanas de plácido gozo;
á orillas del rio
vendrán las meriendas, los dulces festejos,
y luego brindando galan alborozo
las noches de estío,
las noches de luna que duermen los viejos....

Vendrán las serenatas,
y las fogatas,
y las danzas pulidas
sobre el musgo del prado tejidas.

Y las romerías
del señor San Juan
tambien vendrán, tambien vendrán.

Para nuestros cabellos
tendremos flores,
que ellos con ellas están mas bellos,
y ellas no saben vivir sin ellos,
como la niña sin sus amores.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡con qué divinas
canciones te reciben
las golondrinas!

II.

CANCION DE LAS GOLONDRINAS.

¡Chis! ¡chis! nosotras venimos
de donde mayo reposa:
¡chis! ¡chis! nosotras le vimos
tender sus alas
cual mariposa
para cruzar
el aire y el cielo, la tierra y el mar.

Detras de nosotras vino,
más que nunca gozoso y divino;
y como viene dicha anunciando
nos envía delante cantando.

Aves hermanas de arrullo tierno,
que habeis vivido
todo el invierno
sin amor, sin placeres, sin nido;
soltad el reclamo
de vuestro gorgeo,

que ya entre las ramas oireis -«*te amo*»-
envuelto en murmullo de casto aleteo.
Empezad á arrancaros las plumas
que al hermoso polluelo dormido
dén lecho blando
en la copa del árbol erguido,
cuando esté por las brisas mecido,
como entre espumas
el barco se mece subiendo y bajando.

Los insectos voladores
que al rayo del sol
con sus alas de colores
cascadas fingen de tornasol,
ya zumban todo el dia
en rededor de los árboles
que el mayo en hojas adorna rico:
Dios que los cria
harto bien sabe
que los envía
para el pico amoroso del ave,
que á sus hijos los lleva en el pico.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores;
¡ con qué sublimes
canciones te saludan
las almas tristes !

III.

CANCION DE LOS TRISTES.

Cuando del negro corazon la calma
siquiera alumbre de la dicha un rayo,
¿á quién lo debe agradecer el alma?
á tí, mes de las flores, dulce mayo.

¡ Ay ! ¡ qué triste es pasar horas tras horas,
esclavos del dolor ojos y mente,
y en el cielo ver nubes tronadoras,
y nubes en el alma juntamente !

Ver del cierzo los árboles heridos
sembrar por tierra su esplendor deshecho,

y de la dicha ver los carcomidos
restos sembrando el lastimoso pecho.

Ronco el torrente que á lo lejos brama,
estrellando en las rocas su corriente,
la eternidad parece, que nos llama
á hundirnos en su lóbrego torrente.

Cuando en el prado las marchitas hojas
al hollarlas el pié, voz dá á su duelo,
gimen dentro del alma las congojas,
como gimen las hojas en el suelo.

Si son los tristes en la tierra hermanos,
cuando tu manto de dolor te vistes,
naturaleza plácida ¿qué manos
enjugarán el llanto de los tristes?

¡Oh! sí, ven, mayo, ven con tus sonrisas
del cielo, del ambiente, de las flores;
ven con tus brisas, con tus frescas brisas,
que aduermen y aletargan los dolores.

El arco iris que te finge el alma

para corona en la celeste altura,
présago sea de inefable calma,
ya que no puede serlo de ventura.

Y cuando el triste sin descanso llora,
no acreciente natura sus dolores;
que solo llore perlas el aurora,
y néctar sólo el cáliz de las flores.

Sí: ya alma mia, que en letal desmayo
llores, llora á tus solas, alma mia,
y al soplo dulce del risueño mayo
cielo, pájaros, flores.... todo ria.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
Aun por los suelos
te saludan cantando
los arroyuelos.

IV.

CANCION DE LOS ARROYOS.

Murmuremos, murmuremos,
acompañando gozosos
los cánticos amorosos
que vagan del viento en pos,
y conviertan nuestras voces
este campo solitario
en sublime santuario
donde todo hable de Dios.

Nuestras ondas azuladas
de color robado al cielo,
en perlas borden el suelo
con extática embriaguez.
Pronto volverán, deshechas
á nuestro seno querido,
cual ave que vuelve al nido
donde pasó su niñez.

Y á su plácida frescura
el musgo verde aromoso

con ímpetu lujurioso
á la orilla brotará;
y en la noche reposada
la luciérnaga brillante
con su fulgor vacilante
nuestro curso alumbrará.

Cuando el sol á su fatiga
quede en ocaso rendido,
será nuestro manso ruido
un reclamo tentador,
que reuna á los zagales
con las zagalas sencillas...
de noche en nuestras orillas
¡es tan hermoso el amor!

Y cuando ria en Oriente
á los vergeles la aurora,
nuestra música sonora
por encanto cesará.
Será el único silencio
que guarde nuestra alegría,
que el silencio y la poesía
están donde el alba está.

Y cuando zumbe la abeja
en la férvida mañana,
y nuestras ondas de grana
empiece á teñir el sol,
dén á la doncella espejo,
y si de altiva presume,
á sus cabellos, perfume,
y á su mejilla, arrebol.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
cuando te acercas
se disipan cantando
las nubes negras.

V.

CANCION DE LAS NUBES.

Como del panal arrojan
las abejas á los zánganos,
—así nos echa del cielo
el mes de mayo.

Como el amor á una niña
roba el color sonrosado,
—así la color nos roba
el mes de mayo.

Como el huracan se lleva
el follaje de los campos,
—así nos llevan las brisas
del mes de mayo.

Viene mayo con sus flores;
viene con sus brisas mayo;
el cielo azul nos olvida...
—¡vámonos! ¡vámonos!

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡cuántos cantares
tu venida celebran
en las ciudades!

VI.

CANCION DE LAS CIUDADES.

Como crisálidas bellas
que engendra el sol con su rayo,
ya galanes y doncellas
mi cielo pueblan de estrellas
al tibio soplo de mayo.

Y en el morisco balcon,
cuajado de hermosas flores,
se asoman en confusion,
como bandada de amores
que asaltan á un corazon.

El pájaro su garganta
ensaya al tender el vuelo
que hasta las nubes levanta,
pues el que en mayo no canta
no tiene perdon del cielo.

Rápida como la abeja
que acude á libar la flor,

la niña su casa deja;
que mayo amar le aconseja,
y el alma le pide amor.

Bajo el cútis trasparente
se ven sus límpidas venas
ardiendo,—que es mayo ardiente,—
como el cristal de una fuente
entre abrasadas arenas.

Y apenas asienta el pié,
tal que se vé y no se vé;
y su cintura cimbrea,
como una palmera que
del campo se enseñorea.

Y su pupila velada,
y su boca sonrosada
exhala blando murmullo,
más blando que el del capullo
que brota á la madrugada.

La seda de los vestidos,
la gasa de los prendidos,

los pintorescos encajes,
redes son de los sentidos,
y de los ojos, celajes.

¡Pues y las damas sin par
que en nubes de argentería
del viento fingen brotar,
como Venus brotó un dia
de las espumas del mar!

Así en el Zocodover (1)
y en el Prado (2) y en el Coso (3),
y en la Vega (4), son de ver
tanta galana mujer,
tanto galan amoroso.

Pero donde está Cristina (5)
y está la plaza de Mina (6),
se nubla del sol el rayo,
que es otro mayo aquel mayo
de aquella tierra divina.

(1) Paseo de Toledo. (2) De Madrid. (3) De Zaragoza. (4) De Granada. (5) De Sevilla. (6) De Cádiz.

Allí la luz es mejor,
y más ardientes las brisas,
y más hermosa la flor,
y el cielo, todo sonrisas,
y la mujer, toda amor.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
los que atesoran
la fé en sus corazones,
¡cómo te adoran!

CANCION DE LOS CREYENTES.

Yo te adoro, Señor: cuando la cumbre
baña el rayo del sol de primavera,
alzo mis ojos á la azul esfera,
y allí otro rayo encuentro de tu lumbre.

Tú, solo tú, con sola una sonrisa,
su pompa vuelves al vergel desnudo,

y dó reinaba el huracan sañudo,
un trono le levantas á la brisa.

Hermosa muestra de tu amor hiciste,
¡oh fuente de consuelo y de ternura!
redimiendo del mal á la natura,
como en la cruz al hombre redimiste.

Por tí sacude el mundo su desmayo;
tú al cielo das tan plácida armonía;...
cuando vele una nube el alma mia,
dále, Señor, tambien su mes de mayo.

UN MISTERIO.

BALADA XXXI.

¿Quereis saber un misterio
de los que el mundo no entiende,
porque la fé que le falta
ciego del alma lo tiene?
En los hechos más sencillos
mira el filósofo á veces
la mano de Dios, y entonces
la bendice y los comprende.

¿Quereis saber un misterio
de Dios? escuchad pues éste.

Más que ninguna hermosa,
más que todas feliz,
por el mundo entre flores y gozosa
iba una meretriz.
Era su anhelo el placer,
su vida la bacanal,
y ella creía ¡pobre mujer!
ventura eternal
los halagos del ángel del mal.

—

Quiso una noche el hado
probarla su rigor,
y un mozalvete que pasó á su lado,
le dijo con amor:
—¿Quién eres, niña donosa?
—Soy una feliz mujer,
que va volando cual mariposa
de placer en placer.
—¿Eres dichosa?—¿No lo he de ser?

—

«Me duermo entre los besos;
»mis sueños de oro y luz,
»en deleites me embriagan y embelesos...
»¿Quieres probarlos tú?
»Hago los años instantes,
»eternizo los placeres,
»todos los hombres son mis amantes,
»burlo á las mujeres....
»y... soy dichosa.—«¡Cómo lo eres!...»

—

—»¿Qué vale la existencia
»de la mujer al fin?
«lo que la rosa de fugaz esencia,
»prez de un jardin.
»Se ve, se coge, se admira,
»se marchita, se deshoja,
»y con desprecio luego se tira....
«la vida me enoja,
«y deshago la flor hoja á hoja.»

—

Capricho fué sublime
del acaso ó de Dios;
un lazo forja Amor y los oprime
con él allí á los dos.
Y ya la horroriza el oro,
y aunque el llorar ignora,
perdido al ver su virginal tesoro
de cuerpo y alma, llora,
para regalo del que la adora.

—

Duerme al son de los besos
sueños de oro y de luz,
embriagada en deleites y embelesos,
que ignora la virtud.
Pero á veces se despierta
en sobresalto cruel,
sentir creyendo que un alma muerta
es el alma de él,
y que sus besos destilan hiel.

—

Hubo una noche lúgubre
que á su galan llamó,
sedienta de placer, y un eco tétrico
sólo le respondió.
—«Angel mio, vida mia,
»¡respóndeme por tu amor!»
pero dormido su amor seguia;
y en ténue vapor
se elevaba su alma al Señor.

—

«Yo á la implacable muerte
»su presa arrancaré.
»Dormido así en mi seno ¿he de perderte,
»mi único Dios y fé?
»¡Era yo tan venturosa!
»su amor me regeneraba.
»Para los cielos yo soy su esposa;
»desde que él me amaba
»yo en los cielos mi vista fijaba.»

—

Pero resuena un canto
lúgubre, funeral.
»Ilusiones... amor... ¡ay!... ¡humo! ¡llanto!
»todo aquí es mortal.
«No turbes ya su reposo
(el sacerdote le grita)
«sólo la esposa llora al esposo;
»tú estás maldita,
»y tu llanto á los cielos irrita.»

ESPOSA SIN DESPOSAR.

BALADA XXXII.

Cárlos quinto, rey de España,
    á campaña
en son de guerra salió;
y con él salió Gonzalo,
    mi regalo,
el capitan que amo yo.

Es el doncel mas valiente
    de la gente
que va á la lid á vencer;
en lo apuesto un pino de oro,
    y le adoro
como nunca amó mujer.

Tambien antaño, á la guerra
de la tierra
descubierta por Colon,
con Cortés,—el Estremeño,—
fué mi dueño,
dueño de mi corazon.

A traves de tierra y mares
sus pesares
mi voz consoló y su afan;
y me oyó, y el indio bravo
fué ya esclavo
de mi bravo capitan.

Y le salvó de la tumba
en Olumba
mi ruego incesante á Dios;
porque yo soy su ángel bueno,
y en mi seno
guardo el alma de los dos.

Con preseas y con galas
volvió en alas
á Toledo, de su afan.

—«Bella estás entre las bellas
»tú con ellas,»
decia mi capitan.

Pronto la ventura acaba,
que tornaba
á resonar el clarin.
Cabe las aras de Himene
el rey viene
pidiendo su paladin.

Al partirse de Toledo
en mi dedo
puso el ánillo nupcial;
y me regaló un secreto
amuleto,
en virtudes sin igual.

Y me dió de amor en arras
doce barras
de oro fino del Perú;
y diamantes muy bruñidos,
y vestidos
y vestidos de tisú.

Al subir á su alazano
de la mano
me trabó en Zocodover,
y con llanto que vertia
me decia:
—«¿Nos volveremos á ver?»

—«Sí, capitan. En el alma
»yo la calma
»siento del que espera en Dios.
»Volverás. Soy tu ángel bueno,
»y en mi seno
»guardo el alma de los dos.

»Cada dia en mi delirio
»iré un cirio
»ante el Eterno á encender.
»Iré á San Juan de los Reyes,
»de sus leyes
»la mas horrible á torcer.

»A la Virgen, mi patrona,
»gran corona
»de oro ofrezco y de rubí,

»si mi amante no me olvida,
»y su vida
»guarda entera para mí.»

Parte el bruto en raudo giro:—
aun le miro,
aun le miro descender,
como torrente á los valles,
por las calles
que dan al Zocodover.

—Pero alégrate, alma mia,
que hoy el dia
es tan anhelado y tan...
vuelve de laurel ceñido
mi querido,
mi querido capitan.

Doncellitas toledanas,
que ventanas
y balcones inundais,
y á los bravos vencedores
lindas flores
desde la falda arrojais;

Ved que ya á pasar acierta
por la puerta
por la puerta del Cambron,
el tercio real donde viene
el que tiene
cautivo mi corazon.

Por las chispas de su callo
su caballo
reconoceré entre cien.
—Pasad, pasad más ligeros,
caballeros,
que aun mis ojos no le ven.

Brillan que parecen soles
españoles
los bravos en confusion;
pero el tercio de Gonzalo,
mi regalo,
más brilla... en mi corazon.

Ved al capitan Paredes:
—tú no puedes
competir á mi galan.

Ved al alférez Fajardo:
¡ qué gallardo !
—pues más es mi capitan.

Los laureles de tu frente,
rey valiente,
Cárlos quinto emperador,
tu corona... ¿vale nada
comparada
con las glorias de mi amor?

A girones las banderas
prisioneras
el suelo besando van.
Algunas habrá ganado
mi adorado,
mi adorado capitan.

Ya relumbran los almetes,
los mosquetes...
¡ favor ! vacilan mis piés.
¡Oh! dadme la enhorabuena,
que mi pena
acaba :—¡su tercio es!

Allí el cabo, y el alférez
Pero Perez,
sus camaradas allí.
—Pasad, pasad mas ligeros,
caballeros,
que estoy ya fuera de mí.

¿Dónde mi Gonzalo, dónde
se me esconde,
que no le veo en mi afan?
¡Ay! ¡su caballo enlutado!
¡ay mi amado!
¡ay mi amado capitan!

Al suspiro lastimoso
el glorioso
Cárlos quinto, contempló
una flor sin tallo en tierra...
—de la guerra
el capitan no volvió.

A D. ADOLFO DE CASTRO.

HISTORIA DE CÁDIZ.

BALADA XXXIII.

Cuando el vencedor de Anteo
mares y tierras corria,
de la humana fantasía
traslado y símbolo fiel,
En medio del Occeano
detuvo su heróica planta,
roca audaz que se levanta
como arabesco dosel.

Maceta de gayas flores
regada por las espumas;
lecho de nieblas y brumas,
donde los genios del mar,
En las noches silenciosas
vienen en conchas marinas
en brazos de las ondinas
muellemente á reposar.

Irguió el buen dios la cabeza
de tantos lauros ceñida,
y la vista complacida
en torno suyo tendió.
Un cielo de ondas y espumas
sonriendo á la bonanza,
y un eden en lontananza,
con alborozo miró.

Guadalquivir, coronado
como las ricas doncellas,
de frutos y flores bellas,
se casa allí con el mar.

Ciñendo la verde oliva,
como vencido guerrero,
de vencedor altanero
las plantas viene á besar.

Sólo entre el Tigris y el Eúfrates,
dó Adan y Eva moraron,
ojos nacidos hallaron
paraiso como aquel.
Hiere el dios la dura roca
con su clava omnipotente,
y mar, roca y tierra siente
estremecidos por él.

Rocas, tierra y mar á un punto
desgarrando sus entrañas
con sacudidas estrañas,
y fantástico vaiven,
Abortaron mil visiones
impalpables, indecisas,
siervas ante el dios sumisas,
y diosas ellas tambien.

—

En concha rutilante
tirada por sirenas,
apareció radiante
la diosa del amor.
Ondas, espumas, arenas,
abriéndole van camino;
y un genio marino
las brisas serenas
con himno divino
de Venus puebla en loor.

Como la rosa guarda
la perla de rocío,
que allá en la noche parda
el cefirillo frio
en su lánguido caliz vertió,
al seno de alabastro
estrecha Venus al ciego amor,
astro que engendra luz de otro astro,
luna que roba su luz al sol.

—

En carro guerrero,
cual golpe de acero
que en chispas ardientes abrasa la mar,
el rostro bravío;
ferrado atavío
ostenta Mavorte de Venus á par.
Las ondas agitadas
huyeron asustadas
al mirar en su espejo sombrío
la lanza ponderosa,
la espada valerosa,
como olímpicos rayos fulgurar.

—

Más veloz que el pensamiento
cruzando la fantasía,
surge en la region vacía
rara, espantosa vision.
Un dios con alas:—sus ojos
en el seno de la tierra
ven los tesoros que encierra,
y los arranca á traicion.

Sus manos siempre crispadas
como al contar del dinero,
ostentan uñas de acero
para guardarlo quizas.
Si fuera un cristal su frente
números viéranse y sumas,
que hasta del mar las espumas
compra y vende al que da más.

De los dioses mensajero,
y hermano en poder y esencia,
él es dios de la elocuencia
y del comercio tambien;
y acaso su nombre invocan
en impías oraciones
bandoleros y ladrones,
que sin amparo se ven.

—

Cual faro que brota inmóvil
entre tinieblas y olas,
más inmóvil, cuando ellas
más lo envuelven, más lo azotan,

á su rugir, impávido,
sereno ante su cólera,
y con su espuma haciéndose
magnífica corona,
brotó el dios de las aguas
en su imperial carroza.
Blande el tridente,
los brutos doma,
y desde el medio del mar
á Hércules escucha hablar.

HÉRCULES.

Del Olimpo moradores,
de mar y tierra señores,
hijos de Júpiter caros;
venid, que quiero mostraros
la mansion de mis amores.

En menosprecio tendré
los trabajos que emprendí,
y los lauros que alcancé,
si dejar no logro aquí
larga memoria de mí.

Mi fama asombre á la gente,
y pase la mar cerúlea,
no por ser yo dios potente;
por vivir eternamente
en una ciudad hercúlea.

VENUS.

Yo en rosas
la poblaré,
yo hermosas
á sus mujeres haré.
Mi copia en ella
quiero dejar,
dádiva suma,
gloria sin par.
Que nazca de la espuma
Cádiz la bella,
corte del mar.

HÉRCULES.

No en valde la palma ganas
á las diosas tus hermanas

en hermosura y poder...
Gaditanas, gaditanas,
¡oh qué hermosas vais á ser!

MARTE.

En la recóndita
futura edad,
su cuna tendrá y tálamo
aquí la libertad.

En fuego bélico
todo varon,
siempre sentirá ardérsele
su noble corazon.

Brazo fortísimo
tendrá tambien,
que humille de los déspotas
la vil altiva sien.

Y acento mágico
para gritar
del Bétis hasta el Pirene:
¡viva la libertad!

MERCURIO.

El oro, que es el poder,
le he de traer
sobre las olas del mar
á fuerza de navegar.

Yo haré que nazca un hombre
que al mundo asombre,
rompiendo del mar azul
la flotante barrera de tul.

Y allí otro mundo
nuevo, fecundo
sus entrañas abrirá,
y de perlas y de oro
inagotable tesoro
por tributo le dará.

HÉRCULES.

Con tanta hermosura,
con tanta grandeza,
con tanta bravura,

con tanta riqueza...
ya logro dejar aquí
memoria digna de mí.

NEPTUNO.

¡Ea!
¡sea!

—

Hiere la roca con su tridente,
y cual sirena que de repente
hombros y pechos saca al cantar,
nace en la espuma, blanca y riente,
Cádiz la bella, corte del mar.

LA CAMPANA VENGATIVA.

BALADA XXXIV.

—Niña, ya la campana
te llama á misa:
si no vas, á buscarte
vendrá ella misma.
—¡ Si está tan alta,
madre!
—Dios que es su lengua,
le dará alas.

Al verse en trage nuevo,
nuevo y mas majo,
se olvidó de la iglesia
por ir al prado;
que hay allí flores,
y mozos, y en la iglesia
viejos gruñones.

Pero se encuentra sóla,
sóla en el prado,
y ve que la campana
le sale al paso;
toca que toca,
á misa de difuntos
tocando sóla.

—

Como loca la niña
corre que vuela;
tocando la campana
corre tras ella....
¡Medrosos sones,
los que corren y tocan,
tocan y corren!

—

Así corrieron juntos
hasta la iglesia,
donde cayó la niña
de miedo muerta...
Y en son profundo,
la campana tocando
siguió á difuntos.

¡EL REY HÁ MUERTO! ¡VIVA EL REY!

BALADA XXXV.

¡Fragilidad! tienes nombre de mujer.

(SHAKESPEARE.—*Hamlet.*)

I.

EN EL DUELO.

—¡Y se lo llevan así!
¡y me roban la alegría!
¡Desventurada de mí!
¿Cómo viviré sin tí,
esposo del alma mia?

II.

EN FAMILIA.

—¡Hijo del corazon, dulce presente
de aquel esposo por mi mal perdido;
hijo mio querido,
solo en besarte encuentro ya consuelo!
—¿Por quién lloras, mamá?
—¡Pobre inocente!
por un ángel cuál tú, que está en el cielo.

III.

EN LA ALCOBA.

—¡Sola!... ¡soledad horrible!
suena en mi oido incesante
su dulce voz... no hay un sitio
donde no vea su imágen.
¡Hijo del alma! por tí,
por tí no hago un disparate.
Esta casa es un sepulcro:
al fin tendré que mudarme.

IV.

DIÁLOGO.

—¿Me trajo ya la modista
los lutos?
—Señora, sí:
aquí están.
—Quita de ahí,
que su vista me contrista.
—Páseles usted revista,
verá como se distrae.
—¡Ay!... ¡no!... psché... ¿qué tal me cae
esta capota?
—Muy bien.
—¿Y esta mantilla?
—Tambien.
—Aparta... mas no... trae... trae...

V.

MONÓLOGO.

—¡Magnífico mausoleo
edificarle deseo!

allí volveremos juntos...
¡Qué idea!... ¿saldré á paseo
el dia de los difuntos?

VI.

OTRO DIÁLOGO.

—Señor escribano, ¡estoy
tan triste! me faltan fuerzas
para todo. Al fin y al cabo
le seguiria á la tierra,
si no fuera porque tengo
un hijo y él me consuela.
Vuélvase usted por aquí...
esos negocios me apestan.
Adios... ¡ah! dígame usted,
¿será muy grande la herencia?

VII.

OTRO MONÓLOGO.

¡Qué linda casa!
Puerta del Sol.
Aquí respiro:

otra aquí soy.
¡Qué buenas *vistas*
tiene el balcon!
Aquí se vive
mucho mejor.
Insoportable
recuerdo, atroz,
era la casa...
¡Válgame Dios!
¡Cuánto alma mia,
mi único amor,
te echa de menos
mi corazon!!

VIII.

PREGUNTAS.

—¡Si yo pudiera salir
de casa! esta soledad
me consume, esta tristeza
me ahoga.
—Pues claro está
que debe usted de salir.

—Y las gentes, ¿qué dirán?
—¿Qué han de decir? ¿no la han visto
á todas horas llorar?
¡si está usted desconocida!...
tan triste, tan flaca, ¡tan!....
y si fuera usté una vieja...
—Oye: ¿se han cumplido ya
los nueve dias?
—¡Señora!
—Es que no sé ni contar.

IX.

RESPUESTAS.

—¿Oyó usté á aquel caballero
que anoche?...
—¿Quién?... ¡yo oir!...
¡importuno! ¡mentecato!
¡insolente! ¡zascandil!
—Pues él no se propasó...
—¿Qué, no le oiste decir
que era yo muy linda?
—¡Ah!
¿con que le oyó usted al fin?

—Ni que fuera sorda.
—Vamos...
—¡Hay tanto vago en Madrid!

X.

LA INOCENCIA.

—Un caballero, mamá,
acaba de darme un
bartolillo.
—Será algun
amigo de tu papá.

XI.

LA CONSTANCIA.

—Cuando enlutada y sola
voy por la calle,
paréceme que llevo
tras mí un cadáver.
¡Ay! no lo llevo
detras, sino enterrado
dentro del pecho.

—

Y si alguno me dice
tiernas lisonjas,
el cadáver levanta
su fria losa.
Duerme, amor mio,
que nadie ha profanado
tu eterno asilo.

XII.

CONSEJOS.

—Traes un aire de misterio...
—Traigo... una carta de aquel...
—Yo no leo ese papel.
—Mire usté que el lance es serio.
¡Qué amor! de noche y de dia
el pobre jóvén se pasa
las horas junto á esta casa.
—Así mi difunto hacia.
Aquello sí que era amor.
—Pues este no le va en zaga.
—¿Qué te parece que haga?
—Leer su carta.

—¡Qué horror!
¡leerla!
—¿Qué hay malo en esto?
léala usté, señorita.
—Veré si está bien escrita.
—¡Ya!
—Pero no le contesto.

XIII.

OBSERVACIONES.

—¡Triste recuerdo! hace un mes...
—Señora, buena ocasion:
asómese usté al balcon
á verle.
—(¡Qué guapo es!)

XIV.

LANCE.

—Enlutada seductora,
que mi corazon fascinas

con tus ojos;
si á la iglesia vas ahora,
á oir tus preces divinas
voy de hinojos.
—No entre usted conmigo: quiero
rezar ¡ay! por mí difunto
más tranquila;
pero...
—¡Ah!
—Pero...
—¡Dulce *pero*!
—Espéreme usted...
—¡Ah!
—Junto
á la pila.

XV.

PERCANCE.

—¿Mamá?
—Que estoy ocupada.
—Ábreme.
—¡Chico maldito!
¡fastidioso! ¡impertinente!

—¿No me quieres ya?
—¡Hijo mio!
Le abriré. Toma, y á Juan
dile que te lleve al Circo.
—Aquel señor que se esconde
fué el que me dió el bartolillo.
Pídele otro.
—(¡Fatal
memoria la de los niños!)

XVI.

POST NUBILA PHŒBUS.

—Nunca en el fuego amoroso
sentí mis venas arder:
no el amor; era el deber
el que me unia á mi esposo.
¡Qué desventuradas son
las que ignoran los placeres
del amor!
—Y á mí, ¿me quieres?
—Con todo mi corazon.
—Mi bien, mi vida, mi gloria,
celos tengo del pasado.

—¡Tontuelo! casi borrado
está ya de mi memoria.
—Ese niño es en la tierra
un recuerdo... sin cesar...
—Pues se le manda á estudiar
á Francia, á Italia, á Inglaterra.
—¿Y el luto?...
—Es solo un tributo...
—Al muerto...
—Yo te diré:
tres meses ha que enviudé;
pero... me cansa ya el luto.
—¿Y ántes del año, mi afan
no premiarás?
—¡Oh! no es justo.
—¿No es tu gusto?
—Sí, es mi gusto;
pero ¡Jesus! ¿qué dirán?

XVII.

EN CASTELLANO.

—¿Con que te casas?
—¿Quién? ¿yo?

—Si corre de boca en boca.
—¡Ni que estuviera yo loca!
—La verdad, hija, eso no...
¿Hace el año?
—Falta un mes...
menos horas.
—(¡Qué bien cuenta!)
—(¿Qué dice?)
—¿Estarás contenta?
Es rico, es buen mozo, es...
—Pero si no hay nada de eso.
—¡Secretos entre las dos!
Me voy.
—¿Ya? (gracias á Dios).
—¡Querida mia!
—Otro beso.
—Pero es algo calavera;
ten cuidado.
—Por mi nombre...
—El otro ¡era tan buen hombre!
—(Porque se murió. ¡Embustera!)
—Dicen que ha tenido un hijo.
—(¿Será de ella?)
—Colorada

te has puesto.

—¡Eres mas pesada!

—Me iré.... veo que te aflijo....

—¡Qué obstinacion! ja, ja, ja.

—Y el niño vive.

—Ya basta.

—Adios, querida.

—Adios... hasta.....

(el valle de Josafá.)

XVIII.

EN LATIN.

—Dilin.

—¿Quién?

—Parece estraño

que yo tenga que inquirir
á qué hora he de decir
la misa de cabo de año.

—Señor cura, la señora...

—¿Qué es de la triste viuda?
¿reza en su cuarto?

—Sin duda
se estará casando ahora.

A D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

POCO Y ALGO.

BALADA XXXVI.

LA GITANA.

Estudiante de mis ojos,
el valenton, el galano;
alárgame acá la mano;
de Egipto vengo por tí.

—... hasta....

—¿Quién?

—Parece estraño

que yo ... quirir

a qué ...

A D. ANTONIO CÁNOVAS

POC[illegible]

A que de mis labios oigas
tu cierta buena-ventura,
corrí toda Estremadura,
toda Castilla corrí.
Niña salí de mi tierra
á buscarte;
ya mi cabeza está blanca;
pero al fin en Salamanca
logro hallarte.

HERNAN.

Para mí la mágia es
gran locura;
solo el verte cual te ves
tu pretension asegura.
(le alarga la mano)
Habla, pues;
pero dí la verdad pura;
no pone susto en *Cortés*
ventura ni desventura.

LA GITANA *(cogiéndole la mano)*.

¡Qué rayita! ¡qué rayita!
—Atravesarás los mares

con arreos militares
y con soldados en pos.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¡Bien por Dios!

LA GITANA.

Para mundo de tu gloria,
que no cabrá en este mundo,
otro te ofrece un profundo
marinero ginovés.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Poco es?

LA GITANA.

Allí, tierra que espantado
el sol ve de herejes llena,
la santa cruz nazarena
con tu mano plantarás.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Quieres más?

LA GITANA.

Antorcha, cual tú, gigante,
incendiarás mil navíos,
para que admiren tus brios
mar, tierra y cielo á la vez.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¡Qué altivez!

LA GITANA.

Tus esclavos, sus monarcas,
sus princesas, tus queridas...
de haciendas, honras y vidas
tu capricho rey será.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

Loco está.

LA GITANA.

De riquezas y tesoros
inundarás las Castillas,

y sus hijos de rodillas
te adorarán como á Dios.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES *(separándose de él con enojo).*

¡Voto á brios!

LA GITANA.

En dos mundos, que tu brazo
hermanos hizo en la guerra,
no habrá un puñado de tierra
dó espires sobre tu arnés.
—¿Te contentas, niño hidalgo?

HERNAN.

Eso... es... algo.

EL ECO DE LA GLORIA.

¡Mucho es!!!

NOTAS.

En esta época de merodeo literario, que la antigüedad llamaba *plagio* mas propiamente, bien hubiera podido el autor, siguiendo la moda, apropiarse *las baladas* que hay en su coleccion agenas; pero aunque la moda le disculpase, tiene el autor en mucho su reputacion y su conciencia, elementos sin duda antipoéticos de que carecen los merodeadores literarios, dicho sea con su perdon, si á la verdad perdonan. Y no merece disculpa su torpeza, no por cierto, que el robo—porque es un verdadero robo—á la larga se descubre; y tambien hay gloria para el que pone en una obra literaria solo el hilo—como dice Calderon—si el hilo es bueno. Demás que en este comercio de las musas, por lo mismo que corre mucha moneda agena, el crédito no padece por la confesion de los recursos estraños que se utilizan, si para merecerlo queda algun fondo propio. Confesando Goethe en sus baladas y en sus *lieds*, las que tienen un orígen suizo, finlandés, morlaco, etc., nada para sus contemporáneos ni para la posteridad ha desmerecido, como nadie censura á la abeja, porque en la fábrica del panal solo ponga el jugo de sus labios.

Así, pues, el autor de las *Baladas españolas* vá á señalar concienzudamente al público las composiciones que ha traducido, imitado ó parafraseado, seguro—porque puede estarlo—de que cualquiera que se tome el trabajo de confrontar con sus fuentes estranjeras las que en este caso se hallan, tendrá por lo menos en opinion de modesto y de verídico á quien, entre otras desventajas, acepta la de poner en parangon sus humildes versos con los primeros poetas del Norte, es decir, con los autores por escelencia de baladas.

NI BIEN NI MAL.—BALADA II. (*Pág. 43.*)

Véase el *lied* de Goethe, *Vanitas, vanitatum vanitas*. La idea es la misma: la forma, diferente.

EL PAGE DE LANZA.—BALADA V. *(Pág. 53.)*

Childe-Waters, que nosotros en castellano diríamos el *doncel Waters*, pues los antiguos poetas ingleses daban á la palabra *Childe* ó *Chield* una significacion que ha venido degenerando hasta el *child* actual (niño), *Childe-Waters* es mas que una balada, una cancion popular, cuyo origen se remonta quizas al siglo XV. Si la copiáramos íntegra se espantarian nuestros lectores de la ferocidad de sus rasgos. *Childe-Waters* no es un hombre: es un verdugo de la hermosa Ellen, á quien atormenta con una saña, que no se comprenderia por fortuna en nuestro caballeresco país. La hace pasar los rios á nado, la hace dormir á los pies de su cama, la hace... hasta Celestina de sus mas inmundos placeres. Repetimos que en España no se comprenderia el amor de Ellen, tan sumiso á toda indignidad. Pero en esta composicion verdaderamente salvaje, como la califica Mr. de Chateaubriand en su *Essai sur la literatture anglaise*, de donde la hemos tomado, á través de la brutalidad del fondo y de la oscuridad de la forma, brillan rasgos de esquisita poesía, que hemos querido apropiarnos, trasladándolos á un cuadro menos repugnante. Rogamos á nuestros lectores que cotegen el *Page de lanza* con *Childe-Waters*, y comprenderán las dificultades que hemos arrostrado, si no vencido.

La idea de *Childe-Waters* parece tomada del *Decameron* de Bocacio, y el espíritu revivir en *Childe-Harold's Pilgrimage*, de lord Byron..

EL JUGLAR.—BALADA VIII. (*Pág.* 77.)

Despues de impresa mi primera edicion he advertido que en *El Juglar* hay algun toque, aunque casi imperceptible, de *El Bardo*, balada de Goethe.

EL BAUTISMO.—BALADA X. (*Pág.* 89,)

A lo que dije sobre esta balada en las advertencias *al que leyere*, debo añadir que es rigorosamente histórica, aparte la combinacion del coro. Hasta en las palabras que he pues-

to en boca del Patriarca, me ceñí todo lo posible al texto de San Ambrosio, esplanado bellísimamente por Chateaubriand en el lib. I, cap. VI. de *El Genio del Cristianismo*. Solamente he suprimido el acto de abrir las orejas y las narices al catecúmeno, diciendo:—*ephpheta*, *ábrete*,—porque no cabia en el cuadro poético. Tambien por dar á mi obra mas colorido, en vez de celebrar el bautismo en la piscina, lo pongo en un rio, llamándole Jordan por estension.

LOCO DE AMOR.—BALADA XIII. *(Pág. 111.)*

Este *lied*, de Goethe, se titula *El Filibustero*.

PERICO EL CIEGO.—BALADA XVII. *(Pág. 129.)*

Esta es una tradicion popular que yo creia esclusivamente española, hasta que he sabido que todas las naciones la poseen. Con efecto, la apoteosis de la poesía y de la música, tal como se simboliza en *Perico el ciego*, está en el corazon de todos los pueblos inteligentes. Puede decirse que es una paráfrasis católica de las fábulas paganas de Orfeo y de Anfion. La edad media ha producido muchas trasformaciones literarias de esta misma índole, y hé aquí por qué la religion en los tiempos caballerescos tuvo tanto de fanatismo, que pareció idolatría. *La demanda del sancto Grial*, ¿qué es en suma sino los trabajos de Hércules por místico estilo?

RITJA.—BALADA XVIII. *(Pág. 141.)*

El *Kan* es la vivienda del árabe del desierto.—*Duna*, cerro pelado, por lo comun de arena, donde el beduino planta su aduar. Haylos tambien en Europa y en España mismo, en todo el litoral mediterráneo, donde son hasta móviles, como en Africa, que el viento los lleva á una parte y otra.—*El patio* en Oriente, más que sitio de recreo como en nuestras casas del mediodía, sirve de caballeriza.—Por último, el *Djerid* es una fiesta ó danza que hacen los árabes á caballo, de donde quizá vienen las corridas de estafermo y sortija de la España caballeresca.

No se han puesto estas notas debajo del texto, como en la

Judia castellana, porque no eran tan necesarias como allí para su inteligencia.

LA CACERIA FEUDAL.—BALADA XXIII. (*Pág.* 169.)

La chasse du burgrave, balada de Víctor Hugo, me ha inspirado esta, donde además he traducido é imitado algunas de sus estrofas.

Ballesteros ¡preparaos!
compañeros ¡alegraos!
esta noche gran festin.
(*Estrofa* 9.ª *española.*)

Archers, mes compagnons de fetes,
. . . .
Nous ferons ce soir une chere
chère..
(9.ª y 10 *francesas.*)

Mientras con trémula voz,
la galana
castellana,
desde el puente
dulcemente
grita:—¡Adios!
(*Estrofa* 3.ª *española.*)

Il part, et madame Isabelle,
belle,
dit gaiement du haut des remparts:
—Parts!
(15 *francesa.*)

¡Sus! La mitad de mi estado
al que mate ese venado.
(*Estrofa* 10 *española.*)

Mon chateau pour ce cerf!
(23 *francesa.*)

No por Dios de entre las algas
salgas.
(*Estrofa* 14 *española.*)

Ah! dans les eaux du lac agreste
reste! .

(38 *francesa.*)

Esta noche les das buena
cena.

(*Estrofa última española.*

Et ce soir, sur les délectables
tables,
tu feras un excellent met.

(48 *francesa.*)

El final es idéntico en ambas baladas, aunque el pensamiento satírico está menos claro, menos comprensible en la de Víctor Hugo. Tambien éste ha imitado su balada, segun dice, de una *Coleccion de tradiciones de las orillas del Rhin.*

MAGDALENA.—Balada xxiv. (*Pág.* 181.)

Esta es una cancion popular de las islas del archipiélago de Feroe, cuya poesía se reduce solo á estas canciones, la mayor parte religiosas. En *Les chants populaires du Nord*, de Mr. Marmier, puede verse *Magdelaine*, cuya sublime sencillez me sedujo, y que creo francamente que ha palidecido al trasladarse á nuestro clíma desde los hielos del Norte.—En esta edicion he variado la forma, á mi entender mejorándola.

EL ANGEL MUDO.—Balada xxix. (*Pág.* 221.)

Un solo rasgo de una balada inglesa de Campbell, titulada *La Florecilla*, me ha inspirado esta composicion, que por lo demás es enteramente original.

UN MISTERIO.—Balada xxxi. (*Pág.* 243.)

El Dios y la Bayadera, lindísima composicion de Goethe, que mas que balada es un cuento fantástico, me ha inspirado un *misterio*. La forma y el giro de ambas composiciones son muy diferentes, aunque el fondo sea el mismo (1).

(1) Un estimable escritor portugués, Luis Felipe Leite, en un artículo que dedicó á mi libro en la *Revista Peninsular* de Lisboa (pá-

ESPOSA SIN DESPOSAR.—BALADA XXXII. (*Pág.* 249.)

El pensamiento de esta balada es en el fondo el mismo que el de la *Fiancée du Timbalier*, de Víctor Hugo; pero sólo en tres estrofas hay imitacion ó mas bien paráfrasis.

Cárlos quinto, rey de España,
á campaña
en son de guerra salió.
(*Estrofa* 1.ª *española.*)

Monseigneur le duc de Bretagne
a' pour les combats meurtriers,
convoqué. ..
(1.ª *francesa.*)

Cada dia en mi delirio
iré un cirio
ante el Eterno á encender.
(*Estrofa* 12 *española.*)

J'ai brulé trois cierges de cire
sur la chasse de Saint-Gildas.
(5.ª *francesa.*)

A girones las banderas
prisioneras
el suelo besando van.
(*Estrofa* 22 *española.*)

Quelques enseignes prissonnieres,
honteuses, passent les dernieres....
(*Penúltima francesa.*)

LA CAMPANA VENGATIVA.—BALADA XXXIV. (*Pág*, 269.)

Esta balada de Goethe se titula *La campana que anda.*

gina 121 del primer tomo), alaba esta composicion, hallando en ella *un presentimiento* (es frase suya) de *La dama de las Camelias,* no publicada entonces todavia. En cuanto á la forma, estoy tan lejos de participar de la opinion del distinguido crítico portugués, que la he modificado por completo, como advertirá quien coteje la primera impresion de mis *Baladas* con esta segunda. En cuanto al fondo, toda la alabanza pertenece á Goethe, si bien yo he puesto mas al desnudo su intencion filosófica.

BALADAS ESPAÑOLAS

DE DON VICENTE BARRANTES. (1)

El poeta, ha dicho Victor Hugo, no debe nunca escribir como los demás han escrito; debe estudiar, y despues trasladar al papel lo que su alma y su corazon han sentido. Nosotros, completamente de acuerdo con esta máxima, no podemos menos de elogiar cumplidamente el libro de que vamos á ocuparnos. Era muy dificil para cualquier poeta, como lo es siempre para todo escritor, introducir un género nuevo en una literatura. *Barrantes* ha salido victorioso en su empresa; ha enriquecido la nuestra, vasta y rica, con las *baladas*, tan conocidas y populares en el estranjero, como desconocidas en el nuestro. Estraño nos parecia que un género de poesía tan nuevo como popular, tan dramático y tan lírico al mismo tiempo, no hubiera sido trasplantado á nuestro suelo; por fin, hoy le vemos introducido bajo favorables auspicios; le vemos en nuestra literatura para formar parte de ella.

Ahora, si se nos preguntase á qué género de *Baladas* pertenecen las de Barrantes, diríamos que á todos; y es lo cierto. Victor Hugo en las suyas ha querido introdu-

(1) Entre los artículos críticos dedicados á la primera edicion de las *Baladas*, sobresalia notablemente por la erudicion, sino por el estilo, el que se vá á leer, debido á la pluma de un escritor cuya competencia era tanta en el asunto como su modestia. Al cerrar con él este libro, su autor no lleva otra mira que ponerle un sello poético y dulce, como aquel jóven malogrado, y coronar con una siempreviva este ramo de violetas inodoras.

cir en la moderna literatura las antiguas poesías de los trovadores de la edad media; ha dicho que sus *Baladas* se diferencian de todas sus demás poesías, como se diferencia el alma de la imaginacion; en las de *Barrantes* encontramos varias de ese mismo género, escritas con el alma más que con la cabeza, en que lo tierno predomina; en que lo dramático no es mas que acesorio. Otras hay, sin embargo, que cumplen perfectamente con los preceptos de la escuela alemana; pequeñas poesías en que la vibracion de la oda y la peripecia del drama se encuentran reasumidas en un cuadro sencillo y franco. El libro de que nos ocupamos las tiene, y basta con leerle para ver que en su coleccion las hay escritas á la manera de Goethe, participando más del poema que del drama, ó viceversa, como en las de Schiller. Ha comprendido nuestro poeta que el sentimiento solo no dá la verdadera poesía, y que los maestros alemanes han tenido que hermanar la rapidez del drama, la filosofía de la epopeya y la sencillez pura del corazon en el mismo cuadro, bajo las mismas formas: esto es lo dificil del arte; este es el triunfo del génio, y lo que ha elevado á Luis Uhland, á Wilhem Muller, al Conde de Plasen, á Justino Kerner y á la mayor parte de las celebridades de la Alemania.

La *balada* es, á pesar de su género exótico, de fácil aclimatacion en cualquiera literatura, y por eso la poesía moderna en general participa mucho de ella; por eso muchas piezas que llevan otros títulos podrian tomar el de baladas, sin que los críticos mas severos tuvieran nada que decir del título, tales como la *Dolorida*, del conde de Vigny, uno de los poetas mas sentidos y correctos de Francia; la *Juana la Roja*, de Beranger; la *Reverie*, de Sainte Beuve, y otras y otras. A nosotros no nos choca verla introducida y adoptada por todos los poetas, porque vemos en ella la aspiracion de la época, el carácter de la sociedad: en otros tiempos no se conce-

biria; pero desarrolladas ya la poesía dramática del siglo XVII y la lírica de nuestros poetas á estilo de Italia, era preciso en los tiempos modernos la union de esos dos elementos para formar, digámoslo así, la novela de la lírica; no como las leyendas de España en tiempo del nuevo Romanticismo, en la época del *Trovador* y del *Macias*, ni como los recuerdos caballerescos de Zorrilla, sino un género nuevo que uniera todos estos, que formara la poesía popular dramático-lírica, como las *Sombras de los viajes*, de Kerner; como las profundas concepciones de Krummacker. Cada época tiene su género, ó como dirian otros, cada género marca su época; ha pasado la inesperta de los poetas bucólicos de Italia; ha acabado la lírica ardiente y exaltada de la edad guerrera de los pueblos; ha muerto el Clasicismo regenerador de Andrés Chenier, de Bernard y de Millevoye, de Jovellanos, Cadalso y Melendez Valdés; ahora la literatura necesita correr suelta como el viento, embalsamar como las flores, suspirar como las brisas entre las ramas; en una palabra, ser el reflejo fiel de la naturaleza, única verdadera maestra que debe tener el poeta siempre presente, para escribir con arreglo al corazon y al alma.

Barrantes en este libro ha comprendido el objeto del nuevo género que iba á legar á su patria; ha estudiado profundamente el carácter peculiar de la poesía á que iba á dedicarse y ha triunfado en su empresa. Prolijo sería enumerar las buenas que contiene este precioso tomito; léanse *Esposa sin desposar*, llena de la frescura y sentimiento de las *baladas* de Uhland, *El Ciprés del Buen Retiro*, que parece arrancado á una página de Krummacker, y *El alma en vela*, de deliciosa ternura, de poética forma y de correcto colorido.

Al lado de estas tan sencillas y tan profundas, se hallan otras llenas de fuego, como *Ritja* y *Dos Santos y un Rey*, dramáticas como *La misma conciencia acusa*, *Santa Isabel y Murillo*, y otras y otras.

En cuanto á las bellezas y defectos de que pudieran adolecer las *Baladas de Vicente Barrantes*, diremos que aquellas son muchas, que estos, aunque haya algunos, palidecen al lado de aquellas. Efectivamente, «¿qué es, como dice muy bien el autor del prólogo, algu»nos versos flojos, cierta estravagancia en los metros, poco »conveniente quizás, y tal cual diccion no muy castiza, »si todo ello vá cubierto y rebozado de tales y tantas »bellezas, que la vista apenas lo columbra?» *Barrantes* ha tenido el talento de hermanar el sentimiento con el entusiasmo, de unir la imaginacion con el alma, y ha formado de ese conjunto la verdadera *balada*; no ya la de Byron en sus *Melodías*, no la de Víctor Hugo en *Silfo* y en el *Lutin*, tan parecidas á muchas de sus odas; no la novelesca de Walter Scott, ni las serenatas italianas que los viajeros califican de baladas sentimentales; sino la verdadera *balada*, la poesía franca y natural de las de Moore y de las buenas de Hugo, escritas al modo de Goethe y de Muller, de Uhland y de Grunn.

Si hubiéramos de clasificar las *baladas de Vicente Barrantes*, comparándolas con otras, encontraríamos en ellas, como hemos dicho, toda la variedad que conoce la literatura de ese género; pero para concretarnos mas á un tipo, en él encontramos casi los mismos elementos que en las de Muller: descripciones naturales y maestras, sencillez encantadora, y ese ideal de frescura y melodía que llamaba Goethe el soplo verdadero de la lírica.

En las notas puestas por el autor al final de su obra, ha dicho que algunas hay tomadas de otros poetas, y aun esas tienen la particularidad de no semejarse á sus modelos. Esto, aunque parece una paradoja, no lo es. *Esposa sin desposar* se diferencia bastante en el colorido y en el carácter de la *Fiancée du Timbalier*, de Víctor Hugo; igual pasa con algunas tomadas de Goethe, como *Ventura y desventura*, *Loco de amor* y otras, lo cual

no les quita mérito, sino que se le aumenta, segun el dicho del mismo Goethe en sus *Máximas y reflexiones*, que es un gran mérito vestir de nuevo lo pasado.

Las *baladas de Barrantes* están llenas de riqueza de imágenes, de pensamientos nuevos y floridos, de ternura y sencillez en los detalles, y de agradables conjuntos. En ellas se ven rasgos admirables y que honran á un poeta, tales como este de *La golondrina*:

Bajo mi pico
llevo un papel,
prenda de amores
de una mujer.
En él su vida,
su alma vá en él.....
¡lloraba tanto
cuando volé!.....

O como en *El copo de nieve*:

¡Ay niña triste!
es la esperanza nieve
que se derrite.

O como en la de *El Ciprés del Buen Retiro*, que por lo corta insertamos á continuacion. (*Véase en la pág*. 165.)

Poeta y muy poeta es quien ha hecho esa preciosa *balada*, que hemos citado como más corta, no porque la creamos la mejor del libro.

Léase la que lleva por título el caprichoso de *No mireis á la novia*, y cualquiera creerá estar leyendo una de las picarescas letrillas de nuestro Góngora.

En la de *Las siete canciones del mes de mayo* hay estrofas tan lindas como esta:

¡Ya llega! ¡ya llega! lo anuncia la brisa,
lo anuncia al Oriente
la nube ayer negra, mas hoy sonrosada:
la brisa es tan solo su dulce sonrisa;
la nube sus ojos de ardiente mirada,

que el alma presiente,
que bebe estasiada.
Vendrán las mañanas de plácido gozo;
á orillas del rio,
vendrán las meriendas, los dulces festejos,
y luego brindando galan alborozo
las noches de estío,
las noches de luna que duermen los viejos.

Sentimos que el breve espacio de que disponemos para este artículo, no nos permita insertar *El alma en vela*, una de las mas tiernas y sencillas del libro.

Si quisiéramos citar todo lo bueno que encierran las *baladas de Barrantes*, seria preciso hacerlo de casi todo él; léase, y se verá cómo no deben marcarse los defectos á quien no puede menos de conocerlos tan bien como nosotros.

Su autor es jóven; y á pesar de que este libro sea, segun él, un adios á la poesía, creemos que no debe privar á las letras de obras tan poéticas como las suyas: nuestra juventud tiene entusiasmo y fé; cree y espera; animesela, y al lado del período triste y desierto que hemos atravesado, nacerá una nueva generacion como empieza una nueva era: no se duerman sobre sus laureles los poetas como Ruiz Aguilera, Arnao, Selgas, Trueba y Barrantes; trabajen los que como Ayala, Eguilaz, Cazurro y Larra pueden honrar nuestra escena; todo hombre se debe á sus semejantes; haga cada cual lo que su corazon y sus creencias le digan, y la obra de la regeneracion llegará á su colmo.

AGUSTIN BONNAT.

(Publicado en *La Ilustracion* de 18 de Febrero de 1854.)

ÍNDICE.

